

Mano de obra

Algunas veces, por un instante,
la historia debería sentir compasión
y alertarnos.

SANDRA CORNEJO

I
EL DESPERTAR
DE LOS TRABAJADORES
(Iquique, 1911)

Verba Roja
(Santiago, 1918)

LOS CLIENTES recorren velozmente cada uno de los productos: los observan y los palpan como si necesitaran desprenderse de todo el tiempo del mundo mientras me asedian con sus preguntas maliciosas.

Los clientes (el que ahora mismo me sigue y me desquicia o el que me corta la respiración o el que me moja de miedo) se reúnen únicamente para conversar en el súper. Yo me estremezo ante la amenaza de unas pausas sin asunto o me atormento por los ruidos insipidos y, sumergido de lleno en la violencia, me convierto en un panal agujereado por el terror.

Amarillo. (Me pongo amarillo.)

Después, transformado en un ser pálido, preciso y enjuto, me desplazo a lo largo de los pasillos con un doloroso aguijón plateado que se incrusta en el costado más precario de mi encía. Mis dientes rechinan en seco comprometiendo severamente la sublime condición trasparente de mi ojo.

Parlotean alrededor de los mesones.

Los clientes murmuran de manera atolondrada y, plagados de gestos egoístas, impiden que los demás compren. Ah, ellos obstaculizan las mercaderías cuando se apoyan en los estantes y con el codo malogran hasta destrozar las mejores verduras. Además de las molestias y el perjuicio que le ocasionan a los productos, se ríen abiertamente de las compras que realizan los buenos clientes. Se burlan de sus adquisiciones y las ridiculizan a través de actuaciones miméticas abominables. Cuando eso ocurre, yo no cuento para nadie. (Mi delante) como si no existiera. Sencillamente.

Ay, cómo desordenan todo lo que encuentran a su paso. Mi

persona ya no está radicada en mí mismo porque los clientes invalidan el tiempo que le he dedicado al orden programado por el analista (ese misterioso supervisor a distancia). Han interrumpido, impulsados por una perfidia voraz, la cuenta que llevo en la cintura, en el cerebro y en las piernas. Ya está completamente destrozado el orden que hube de realizar. Pero aún así, actúo con la maestría clásica de la palma de mi mano para conseguir que mi espalda se incline en exactos 90 grados hacia los vértices (desmontables) de los estantes.

Ah, estos clientes. Mezclan los tallarines, cambian los huesos, alteran los pollos, las verduras, las ampollitas, los cosméticos. Entiendan: lo que pretendo expresar es que revuelven los productos. Los desordenan con una liberación insana sólo para abusar de los matices en los que se expresa mi rostro. Se trepan sobre la resistencia aglomerada de mis sentimientos y (después) los pisotean extensamente. Entonces no me resta sino acudir a una paciencia rigurosa para volver a acomodar las mercaderías ya manoseadas hasta el cansancio. Las mismas mercaderías que estaban perfecta, armoniosa y bellamente presentadas en el momento de la precipitación vandálica. Es increíble. Definitivamente increíble. Tocan los productos igual que si rozaran a Dios. Los acarician con una devoción fanática (y religiosamente precipitada) mientras se ufanan ante el presagio de un resentimiento sagrado, urgente y trágico. Es verídico. Estoy en condiciones de asegurar que detrás de estas actitudes se esconde la molécula de una mística contaminada.

Los clientes ocupan el súper como sede (una mera infraestructura) para realizar sus reuniones. Se presentan igual que si estuviera culminando una desatada penitencia. Los observo llegar con sus rodillas rotas, sangrantes, dañadas después de poner fin a una peregrinación exhibicionista desde no sé cuál punto de la ciudad. Ingresan como mártires de mala muerte, famélicos, extemporáneos, pero, al fin y al cabo, orgullosos de formar parte de la dirección general de las luces. Mientras tanto, en el revés de mí mismo, no sé qué hacer con la consisten-

cia de mi lengua que crece, se enrosca y me ahoga como un anfibio desesperado ante una injusta reclusión. Me muerdo la lengua. La controlo, la castigo hasta el límite de la herida. Muero el dolor. Y ordeno el ojo.

Pongo en marcha el ojo. Este ojo mío, dispuesto como un gran angular, sigue el orden de las luces. Entre la bruma provocada por el exceso de luz, advierto que una aglomeración humana se me viene en contra con una decisión y una lentitud exasperantes. Cierro el ojo. Parpadeo. Parpadeo una y otra vez hasta que recobro la visión. Y consigo esta maravillosa sonrisa, mi estatura, el movimiento armónico de mis manos. ¿Qué les parece? Ya me encuentro en plena posesión. Con mi cuerpo pegado a mí mismo (como una segunda piel) me desplazo por el interior del súper. Me interno hacia su profundidad.

Camino directo.

Ay, sí, vidita. Hasta la médula de los huesos.

Luz y vida
(Antofagasta, 1909)

LOS CUENTES ingresan al súper. En cuanto cruzan las puertas abandonan el cuidado de los niños. Exacto. Justo en los umbrales que demarcan los contornos del super sueltan a los niños. (Los advierto, percibo el propósito del abandono y la curva de un miedo indeterminado se dispara.) Se dispara mi miedo como si me lanzaran al vacío desde una oficina del segundo piso con la cabeza en picada hacia el cemento. Ah, el brillo áspero del cemento auspicando el estrépito óseo de mi cráneo final.

Pero qué puedo hacer si largan (a los niños) como quien arroja al bafío a un animal que no ha terminado de domesticarse. Y (los niños) se elevan espasmódicos hasta alcanzar los sonidos más ensordecedores. Unos chillidos que atraviesan y horadan los pasillos mientras corren, me atropellan, me agreden y se transforman en una realidad inmanejable. Representan un verdadero castigo de Dios cuando aparecen aullando por las esquinas, empujándose y llorando sin la menor vergüenza. A mi persona la embisten porque quieren dulces o chocolates o refrescos y hasta pan desean. Y, claro, buscan los juguetes con la desesperación que moviliza (torpemente) a un animal hambriento enfrentado a un mundo en plena extinción.

Los niños asaltan los camiones e intentan romper las cubiertas de plástico que protegen a las muñecas y pretenden —también— hacer volar los aviones o disparar las metralletas o despojar de sus armas a los músculos de los héroes. En esos momentos, cuando ya se ha desencadenado un clímax de pacotilla, mi vida carece totalmente de sentido.

Se va a pique mi existencia. Así de radical es el estado al que me inducen sus actos. Parapetado tras una experiencia somática intransferible, observo cómo (los niños) les ponen encima las manos sucias a cualquier juguete y —con una premeditación que me resulta indesmentible— manchan los vestidos de las muñecas. Cuando no consiguen aniquilar los vestidos, les jalan el pelo mientras contemplan, arraigados en una abstracción hipnótica, el movimiento rígido de los mechones rubios entre sus dedos. Lo hacen. Y los otros numerosos (niños) se empecinan en sacar las ruedas de los autos o romper las puntas de las flechas o tocar, tocar y avasallar angustiosamente todos los juguetes hasta que se desarma y explota el cuidadoso rigor científico que le dediqué a los estantes.

El deseo estalla (tempestuoso) frente a mis ojos y a mí lo único que me resta es convertirme en un asceta de ínfimo pelaje. Sí. Me transformo en una ruina parca sin un ápice de adición por las mercaderías.

Y, claro, es exacto, correcto, previsible; los supervisores se pasean (de lo lindo), en un atroz fuego cruzado con los clientes, para mirarme —a mí— con sus gestos amenazadores cargados de una reprobación odiosa. En el centro de la indimidada crueldad, me levantan una ceja electrónica o mueven sus manos —furiosos— ante el riesgo y el deterioro que experimenta la mercadería. Pero ellos son así, siempre, los supervisores. Sin embargo, la angustia acuosa que hoy me invade proviene de los productos y de un pacto mal resuelto con las manos de los niños.

Ya sé. Ya sé. No sólo me debo a los niños y a los clientes sino a ellos, a los supervisores, trastornados por el estropicio a los camiones, los pelos plásticos de las muñecas, los aviones, los conejos, las pistolas, los osos, los atletas, las lágrimas de los niños que manchan y adulteran aún más los productos. Ya sé. Lo sé. Conozco bien ese llanto sucio y desgarrado que los obliga a arrastrarse por el suelo y los revuelca convulsivos entre los pasillos mientras sus familiares y los encargados conversan

entre sí, ajenos a la pena y al enorme dolor que pueden ocasionar los juguetes.

Sí. Me refiero al dolor. Un dolor que está determinado y, sin embargo, carece de una localización precisa. Digo, como si el cuerpo funcionara sólo como una ambientación, una mera atmósfera orgánica que está disponible para permitir que detone el flujo de un dolor empecinado en perseguirse y, a la vez, huir de sí mismo. Mi cuerpo, claro, como siempre, se suma.

No me encuentro en condiciones de distraerme y solazarme en divagaciones estériles. Los clientes hablan de manera obsesiva y poco convincente mientras se fijan (verdes de envía) en cada uno de los productos que escogen los otros —los buenos clientes— esos que sí acuden al súper a adquirir lo que tanto necesitan: la harina, el café, el té, la mermelada, el azúcar, el arroz, los tallarines, los porotos, la fruta, la sal, los garbanzos, los refrescos, la verdura y la carne.

Sin embargo, yo no trabajo aquí para auscultar a los buenos clientes. No controlo la calidad de sus compras ni permito que se instale en mí el desprecio por sus gustos. Yo (ya) no me detengo en los finales del pasillo, con una mirada más que ordinaria o bien con una expresión definitivamente turbia, a acechar a los clientes monetarios. No. Yo no espío a nadie.

Pero los otros clientes, excedidos por la escoria de su odio, escupen abiertamente en el suelo del súper. Escupen su rabia y su asco en el suelo y yo tengo que apresurarme a limpiar el piso para que no se vaya a resbalar uno de los supervisores. Eso sí que no puedo tolerarlo. Me precipito (hincado y febril) sobre el piso y lo limpio con el paño, para que no se (me) vaya a caer el supervisor impulsado por los efectos devastadores de la insegura materia del escupo.

Me obligo a la mansedumbre (ya no me cuesta nada, nada en absoluto. Quizás finalmente sea manso ¿no?) y me esmero en conservar la calma, apaciguar todo sobresalto que pudiera invadir mi ánimo. Estoy presto a cultivar una notable impasibilidad para conseguir una presencia solícitamente neutra. Debo

(es mi función) lucir limpio, sin sudor, sin muecas. ¡Cómo no! Es urgente cumplir con el deber externo de parecer pálido. Obvio. Bien peinado, preciso, indescifrable, opaco. Yo formo parte del súper —como un material humano accesible— y los clientes lo saben. Me miran, se acercan y me abruma con preguntas que jamás se podrían responder. Pero qué seriedad y monótona resulta esta hora tensa, la mañana, la extensión difusa y considerable de la vida misma.

Estos (malos) clientes me ordenan que busque en las bodegas un producto inexistente y se dirigen a mí con un rencor incomprensible y curioso. Más adelante, uno de ellos se quejará ante los supervisores por lo que habrá de calificar como una imperdonable falta de atención de mi parte. Ahora mismo estoy diciendo que sí con la cabeza (asiento como un muñeco de trapo) y me disculpo ante el cliente apelando a mi extenso servilismo laboral. No me cabe sino celebrar el malhumor, inmerso en una seriedad absoluta. Sonríe de manera perfecta mientras alejo a los niños de los estantes (no te olvides) con una cortesía impostadamente familiar. Luego me dedico a limpiar las huellas de las pisadas, recojo los papeles, restablezco las verduras y mi laboriosa tranquilidad termina por apaciguar a los clientes y a los supervisores y, definitivamente, pacifica a los niños que se cansan de llorar y sólo son capaces de emitir unos débiles y tolerables sollozos después que hubo de transcurrir más de una hora de un llanto impresionante y convulsivo.

Así es. Por la incapacidad (humana) de sostener una crisis infinita, los niños se cansan de azotarse la cabeza contra el suelo del súper cuando ya estallaron los botones y sus rostros terminan congestionados hasta arribar a un extremo carente de parangón. En esos momentos —justo en el instante preciso en que me invade una ininteligible sensación depresiva— traslado a los niños y los deposito junto a sus acompañantes. Y allí quedan tirados a sus pies, lacios, despeinados, agotados (los niños) después de rendir un magistral e insatisfactorio culto a los juguetes.

Los clientes (los malos) se retiran del súper como si respondieran a una orden sincrónica y secreta. Salen. Transportan a los niños devorados por una alergia que los deforma aún más y los enrojece (como tomates). Se los llevan casi dormidos y cuando cruzan la puerta, puedo escuchar cómo me lanzan un insulto solapado. Mi oído recoge el insulto y lo amplifica hasta el punto que produce una fina laceración en mis sienes. La terrible palabra destructiva que me dirigen retumba en mi cabeza y me hace sentir mal. Me hiere y me perfora la palabra abriendo un boquete en mi riñón. Me hiere. Me perfora. Me impulsa a pensar que el trabajo, al que le dedico toda mi energía, no vale la pena.

Esto pienso:

"Es posible que no merezca que los clientes me tratan tan mal."

Pero no lo pienso enteramente. En realidad no. No enteramente.

Autonomía y solidaridad

(Santiago, 1924)

MI RUTINA continúa, me acomodo a las demandas. Después de todo cuento con habilidades. (Nunca padezco en graves proporciones.) Soy un cuerpo que sabe amoldarse al circunstancial odio imprevisible que invade en cualquier instante a los clientes. Ese odio infiltrado en el borde de esa mirada esquiiva, diagonal y abiertamente descentrada: me refiero a una expresión cruzada por una voluntad inhumana. Pero me movilizo en el interior del súper prendado por una improvisada armonía porque debo evitar que me atrape el ojo terrible y prolijo de este nuevo cliente. Ah, sí, un ser deliberado que ahora mismo me persigue. Pero no consigo esquivarlo. Su presencia resulta ineludible pues se trata de un cliente (el que permanece a mi lado con su áspera cara vigilante) que ha llegado impulsado por una misión que, precisamente, está incorporada en su pupila.

Sí, sí. Aquí está (puedo percibir el matiz en que transcurre su entrecortada respiración), aquí mismo este cliente que no puede dejar de inspeccionar lo que se le ponga por delante: examina la precisión de las balanzas, revisa la solvencia y la seguridad de los estantes, aprieta las frutas, huele la carne, calcula la vigencia y el espesor de la leche. Sí, sí, eso es lo que está haciendo. Viene al súper a oler, respirar, auscultar, sobar, golpear, agacharse, esconderse, interceptar, intentar entrar en las bodegas o espiar mi nombre en el delantal. Verdaderamente anota mi nombre.

Sin el menor tapujo lo apunta en su amenazadora (y gasta) libreta. Yo permanezco tembloroso (con el alma en un hilo) por el destino que va a alcanzar mi nombre que, en realidad,

ya estaba escrito en la mirada minuciosa del cliente. Entiendo que, circunstancialmente (como ya lo he afirmado), soy su enemigo, aunque yo no sepa desde dónde viene ni cómo llegó a convertirse de la función fiscalizadora que se asigna. No me esfuerzo en entender. Sólo puedo asegurar que acude al súper empujado por una emoción fría en cuyo centro radico yo (por supuesto). Mi inestable figura trabajadora está incrustada en el espacio privilegiado de esa pupila alevosa y helada que me observa con un énfasis implacable. Incorruptible. Ay, este cliente me mira tal como si yo fuese el representante de una casta enemiga que se le ocurrió combatir.

Enfermizamente furibundo (el cliente) vaga por el súper para derribarme y entregar mi destino a los supervisores. Quiere saldar de esa manera (a costa de mi persona) la rabia que le suscita la incertidumbre frente a la ambigua resistencia de las mercaderías. Me odia porque sí. Lo sé. Pero podría, con seguridad, no odiarme. Por eso es necesario que emprenda una fuga constante por los pasillos para dar inicio a un riguroso baile corporal (una contorsión absurda) que me desmerece ante mí mismo. Y resguardado en un orden precariamente sublime, doy comienzo a una forma extravagante de danza a través de la cual consigo esquivar esa mirada hiriente. Pero poco o nada puedo hacer. Poco o nada como no sea demostrarle que los productos están ahí, que hablan por sí mismos, porque las mercaderías se presentan para ocupar (el espacio pues). Y hay que reconocer que, para agravar la situación, están esas bandejas con carne que, en realidad, es bastante menos apetecible de lo que parece. Por el exceso de grasa o porque es dura. Dura como palo.

Esas carnes de segunda desvelan y martirizan al cliente. Lo desquician y lo obligan a detenerse con una actitud vengativa delante del congelador. Su mirada ahora, depositada sobre la carne, se vuelve doblemente desconfiada y el ofato alcanza su máxima categoría. Se inclina como un pájaro de absurdas proporciones (precisamente como un ave de carroña) sobre esa

carne que desmiente sin tapujos la realidad de su origen. Allí, entre la transparencia del plástico, está escondida la certidumbre de una carne de segunda que se presenta como si fuese de primera. Claro que se trata de un fraude. Pero qué.

Y los tomates, el arroz, la harina, el aceite, el melón, los medicamentos, las mermeladas, también. En fin. En realidad así está la situación en el súper y este cliente parece incapaz de comprender. Es un ser dotado de un espíritu fanático, sectario e irracundo. Con una tozudez reprochable busca esclarecer una verdad conocida de antemano, una verdad que no puede convencer a nadie y, en cambio, con su actitud obsesiva sólo se pone él mismo en evidencia. Las horas transcurren y las posiciones se profundizan.

Ahora estoy en la mira de un número creciente de clientes que buscan culparme por el abierto fracaso de las mercaderías. Por esa cuota de pánico al fracaso es que acuden al súper para cumplir una osada e irreprimible tarea controladora. Sí, vienen prestos a dar una enconada guerra que, evidentemente, deriva en una batalla perdida porque (ellos no lo saben) yo cuento con el apoyo de los supervisores. Tengo su beneplácito (tunefacto e irreprimible) para destrozar cada uno de los actos de fe que pretenden adjudicarse los clientes. Y aunque ahora el cliente, con el rostro enrojecido, hipertenso y prácticamente colapsado, anote mi nombre en su libreta, a pesar que el cliente corra por los pasillos a quejarse con el primer supervisor que se le presente, comprendo que es inútil porque jamás conseguirá el menor apoyo para su empeño detallista. Entregado a un equívoco fatal, el cliente no entiende que para eso están ellos, los supervisores, para ejercer la malicia, el pesar, el control, la molestia, el rencor y la ira en las pupilas.

¿Y, después de todo?, ¿quiénes son estos clientes?, ¿qué buscan? ¿Qué esperan de mí? Resulta del todo imposible sucumbir a sus artimañas. La función a la que me entrego consiste en complacer a los supervisores y fustigar a este tipo de clientes. Mi obligación —moral— es conseguir que estos clientes

tes salgan del súper y se olviden de mí, que dejen tranquilos los contornos fraudulentos de los productos y permitan que los supervisores puedan dormir, al menos, por una noche en paz. Que duerman tranquilos los supervisores porque viven cada momento como si fuese el último y, por la pesadumbre que les ocasiona ese sentimiento, es que me persiguen y paso el día sumergido en la (relativa) desazón que ahora intento expresar. El supervisor me apunta con el dedo y amenaza con despedirme (echarme a la calle). Pero sabe —cómo no— que después le va a corresponder a él. Sí, porque uno, dos o tres, van a incrementar las listas, los números, el horror de un final que todos los supervisores, sin ninguna excepción, se merecen ampliamente.

El proletario (Tocopilla, 1904)

MÁS HORAS. Más tarde aún. Sin embargo, todavía sigo parapetado. Está oscureciendo de manera acelerada y, desgraciadamente, yo padezco de una precisión más que maníaca con el horario. Es una de mis características. Las horas son un peso (muerto) en mi muñeca y no me importa confesar que el tiempo juega de manera perversa conmigo porque no termina de inscribirse en ninguna parte de mi ser. Sólo está depositado en el súper, ocurre en el súper. Se trata de un horario tembloroso e infinito que se pone en primer plano (más aún) cuando entra de manera hipócrita este nuevo preciso cliente.

Sí. Me refiero al cliente que atraviesa la puerta como si estuviera efectuando una acción casual o inesperada. Lo conozco. Este cliente representa una moda, un estilo paradójico, un acierto parcial y farsante. Así es, pues se esmera en proyectar un optimismo que me sorprende y me pone en estado de alerta. Su mente pragmática está demarcada por el cumplimiento de pequeñas metas y objetivos, por órdenes secundarias (y astutas) con las que pretende consignar las posibilidades de sobrevivir en el interior de su inestable futuro. Su existencia parece transcurrir en medio de una ingenuidad elemental que lo lleva a estudiar de manera concentrada (y exitosa) la disposición de las luces para aprovechar al máximo sus efectos. Se solaza en la luz que cae, demarcando su perfil. Como si fuera una sombra (china) se ubica bajo los focos para exhibir y favorecer su teatral y pasmosa alegría fatua. Y entonces, sin intentar disimular sus intenciones, me busca a mí para cautivarme (a sus deseos) entre los estantes del súper.

Pero, en la profundidad de su mirada (en el fondo técnico

de su ojo) sólo se proyecta a sí mismo como si hubiese sido capturado por un amontonamiento de espejos quebrados. Su reconocida indigencia camuflada en estilo, estalla en la profusión asombrosa de brillantes jirones estilizados. No existe nada más que él (partido y filoso) mientras me escudriña con sus inequívocas muestras de simpatía o me llama con una artificial cercanía por mi nombre (que está impreso en la identificación que cargo y me distingue). Sin embargo yo resisto impávido sus signos derruidos, plagados de una angustia que, en circunstancias diversas, hubieran podido llegar a conmoverme. Porque resultaría del todo inconveniente entregarme a la emoción. Tomó una distancia (laboral) inquebrantable ante el alegre revoloteo con el que me rinde un homenaje incansante. Pero yo advierto que necesita de mí para conseguir que le permita el flujo impago de ciertas mercaderías. Ese es su tema, su objetivo, su meta, su anhelo. Por la gratuidad, para no responsabilizarse por las mercaderías, por una mera conveniencia, movilizándolo un interés que linda en el escándalo, él va más lejos y se propasa conmigo mediante la asombrosa agilidad de sus dedos. Y a mí no me cabe sino resignarme cuando sus manos se acercan a mi brazo o me acaricia —como si no fuera cierto, como si no estuviese ocurriendo— la pierna o la espalda o el pelo para conseguir una intimidad abiertamente cuestionable e innecesaria.

Lo repito: es tarde y se ha desencadenado en mí la sensación de una vaga inutilidad, no obstante, es frecuente que justo al final de un día inexpresable me atrapen ciertas sensaciones incómodas que me impulsan a renovar mi concentración. Pero así es mi trabajo y lo acepto como viene. Con la paciencia que extraigo del espacio de reserva que acumulo para ocasiones especiales.

No me corresponde a mí desdeñar esta rotunda falsa calidez del cliente y menos todavía denunciar su roce inescrupuloso. Aunque, sí, por supuesto, entiendo que detrás del tacto y la alegría que me brinda, se esconde el plan voraz de compro-

meterme y empujarme a la mirada absoluta del supervisor o a la mirada más que especializada de la cámara que, con su movimiento imperturbable, recoge la singularidad de los detalles ilegales que ocurren en el súper. Porque la cámara retiene la relevancia de cualquier preciso signo (incluso la menor y, aparentemente, insignificante anomalía) que va a ser analizada después —en una sesión más que extenuante— por el supervisor de turno.

Así es. El supervisor de turno, con un ojo inyectado y paranoico, está obligado a permanecer frente a esa cámara que detenta la certeza de un fragmento de debilidad (la mía, mi inaceptable debilidad) que me podría aniquilar. La sala de grabaciones contiene la evidencia de una imagen congelada destinada a esclarecer la manera exacta y el instante justo en que se le podría entregar al cliente un producto por el que no iba a desembolsar un centavo. Soy (ya lo dije) un experto en pasillos, en luces, en mantener la frialdad programada de los productos alimenticios. Me convertí también en un avezado cataador de clientes.

No busco ni pretendo sobredimensionar mis capacidades, sería torpe, arrogante y mezquino. Pero sí me atrevo a asegurar que este cliente que me ronda (como una perra loca) está dispuesto a todo para salir del súper de manera ilegítima y permanecer indemne. Porque su aspiración es abandonar el súper sin pagar por los productos (a costa de mi complicidad) y entregarse después —con una libertad y una algarabía frenéticas— a gozar de las mercaderías. Un goce que puedo comprender muy bien porque soy parte de ese deseo, de su necesidad de dejarme expuesto a la cámara, para así, enteramente vengativo, duplicar después su éxtasis, en parte universal, con el producto.

Así funcionan estos clientes, de esa manera viven y estas son sus expectativas. No sé cuál es exactamente la situación (externa) por la que atraviesan ni tampoco por qué se han convertido en lo que son. No me interesa indagar en estos asun-

tos. No me considero especialmente proclive a pensar en cuestiones abstractas que no conducen a un resultado mensurable. Quizás ya estoy insensibilizado (impermeable como un grueso fieltro) a sus sonrisas zalameras y eso posibilita que, en cierto modo, las disfrute. Permito que el cliente se acerque, que me acaricie y me murmure obscenidades a una distancia geométrica de mi oído. Escucho con un equilibrio tolerable y sensato sus bromas procaces o sus insinuaciones. Es verdad. Puede que (más de una vez) haya llegado demasiado lejos con ese tipo de clientes, muy lejos y muy rápido, rápido en la sala de grabaciones, de espaldas a la cámara y luego, cuando ya lo hubimos de conseguir, cuando volvimos a ser lo que éramos, él sólo pudo afirmar que recibí mi rectitud inconvencible.

Consigo sortear la ira y la vergüenza profesional que le provoca su propio fracaso. Pero no deja de sorprenderme su necesidad extrema (de mí). No sé cuánto de él es normal y qué porción está completamente fuera de control. Bueno, en fin, me niego a todo de manera solícita y cortés. Ése es el único momento en que me permito el desparpajo de una fina y casi imperceptible ironía. Entonces no me queda sino expulsarlo del súper. Lo conduzco hacia la puerta acudiendo a gestos amables y a mis pasos más selectos. Es que no quiero incomodar a nadie ni menos ahuyentar a los buenos clientes. Intento mantenerme en lo que me he convertido: demasiado proclive a la paz y adicto a la corrección.

Pero cuando estoy fuera del súper, alejado de las miradas que me podrían enjuiciar, me apeno. La verdad es que no soy de fierro y la oscuridad realista de la calle me resulta francamente perturbadora.

Nueva Era (Valparaiso, 1925)

O AMANEZCO con un ánimo menos sensitivo bajo el cómodo alero de una distancia activa con mi trabajo. Con una paz desmedida me radico como un objeto neutro en el pasillo, satisfecho por mi humor controlado pero, al fin y al cabo, saludable. En esas ocasiones favorables de mi espíritu me entrego de lleno a los viejos, a observar sus movimientos por los pasillos: inseguros, oscilantes, con la mirada errática.

Una multitud de ancianos, confundidos y encandilados con los productos, que se desplazan muy lentamente, demostrando un retardo corporal que podría parecer hiriente pero que a mí me resulta soportable.

Cuando los miro me obligo a preguntarme: ¿qué hacen ellos (aquí) en el súper?, pues ciertamente —para qué mencionarlo— son escasas las posibilidades que adquirieran alguno de los productos. O si compran —si llegaran a comprar— su aporte va a ser insignificante, irrisorio, unas pocas mercaderías blancas que no los prestigian como clientes.

Estoy haciendo una pregunta ociosa. Ellos vienen a matar el tiempo que les queda. Más allá de toda lógica, con la tozudez dramáticamente impositiva que caracteriza a los ancianos, ellos decidieron, en medio de los razonamientos de la aritmética nublada que organiza sus pensamientos, que la poca vida que les resta va a ser dilapidada (en esta bacanal feroz y corporal que se proponen) entre las líneas intensas de los pasillos y la obsesiva reglamentación de los estantes. Sí, pues. Entonces no me cabe sino constatar cómo en el súper se está desgarrando la aguda cifra que mantienen con el tiempo.

Pero yo tengo que ordenar mi vida. Y para eso es necesario

que elabore una estricta síntesis (mental) de mi cuenta, mi trabajo total. Por eso los nombro (con una abierta pasión clasificatoria) como: "los viejos del súper". Así, secamente, carente de cualquier ornamentación. Sin embargo, debo ser honesto y reconocer que me causan una efímera entretención cuando los diviso ultraconcentrados en la tarea alevosa de conservar el equilibrio. Sólo eso. Se trata de un equilibrio incierto que se me revela como extremadamente material y cercano cuando los ayudo a alcanzar alguno de los productos desde los estantes. Y entonces, entregado al influjo de mi masa muscular, comprendo plenamente la inestabilidad (definitiva, irreversible) en que transcurren esos cuerpos cruzados por masivos e incurables temblores.

No necesito comportarme con una excesiva amabilidad, pues todo el mundo huye de "los viejos del súper" y ellos lo saben. Entienden esos sentimientos y disculpan el malestar, la indiferencia y hasta la cuota evidente de desprecio que provocan. Es clarísimo.

Los buenos clientes no ocultan su impaciencia cuando los ancianos impiden que ellos avancen con sus carros por los pasillos: los detienen porque se enredan (con una torpeza estridente) en los metales o bien los demoran con una precisión majadera cuando los enfrentan (cara a cara) para interrogarlos sobre las razones y los beneficios de los productos que están adquiriendo. O se abocan a denigrar las mercaderías. Los buenos clientes enloquecen con "los viejos del súper" y sus interrupciones. Sí, los sacan de quicio cuando indagan —neciamente sólo por llamar la atención— en torno a la calidad de las papas o de las lechugas o de las habas. Les preguntan cualquier cosa a los buenos clientes y, de esa manera, los atan a sus divagaciones.

Mediante interrupciones absurdas, los clientes están obligados a permanecer atentos a una proliferación de palabras insensatas. (Los ojos seriados de "los viejos del súper" más insensatos aún.) Y, en un principio, los buenos clientes, provistos

de un respeto y una impaciencia históricas, los escuchan, aferrados a los ácidos metales de sus carros, hasta que, sobrepasados por el abuso, se desprenden y se alejan. Entonces, los "viejos del súper" buscan, con la mirada inesperadamente brillante, una nueva presa para liquidar, desde una lineal voluntad decrépita, el tiempo urgente que los oprime.

Sé hasta dónde pueden llegar los ancianos; qué debo permitirles y qué rechazar. Así es. Todo depende, en gran medida, de los buenos clientes; de sus emociones y del carácter con que se presenten al súper. Sí, porque los "viejos del súper" deciden con un alto grado de precisión sobre cuáles clientes pueden dejarse caer, a quiénes apremiar, insistir, detener, alabar, extorsionar, asfixiar, detallar su estado de salud. Evidentemente. Lo saben.

Y lo consiguen. Se desencadena entonces —supongamos— una palabrería unilateral dedicada a analizar los beneficios y los rotundos fracasos de los medicamentos (el agobio programado de los expansivos laboratorios y sus campañas intermitentes e impunes, dicen). Y luego, con un énfasis teatral, "los viejos del súper", van señalando, sin un átomo de pudor, sin cesar, sin consideración, la aguda experiencia verbal de cómo transcurren sus dolores. Pero (tengo que reconocerlo) ellos están provistos de una sabiduría emanada de un mapa orgánico correcto y generosamente explorado por el tiempo turbulento que le dedican. Analizan las frecuencias, las intensidades, los antecedentes, los efectos que alcanza un dolor en otro dolor y en el siguiente. Así se forma una cadena científica y laboriosamente unida: dolores de huesos o esos dolores impresionantes que los atacan en las noches: la vejiga, los pulmones, el riñón, el hígado, el esófago. Se detienen en los puntos críticos de sus órganos y la forma que adquiere, en cada uno de ellos, la curva de la inflamación crónica. Y, claro, esa constante, angustiosa, social y comprensible opresión en el pecho. Una opresión tan extensa —prefero decirlo de una vez por todas— tal como si alguien se les sentara encima (del pecho) y les impidiera la respiración.

Divagan en torno a los inexplicables y rebeldes dolores de cabeza que les producen mareos, vómitos y vacíos mentales y los llevan a pensar que paulatinamente la cabeza se les está llenando peligrosamente de agua. Y, desde la cabeza vuelven nuevamente a las rodillas, los codos, el espantoso dolor en la mandíbula, las cañeras, el omóplato, el cuello tenso, la columna definitivamente. Sobre pasan por arte de magia el lugar común de la artritis para llegar con éxito a la crisis en cada una de las finas juntas de las vértebras. El punto álgido de sus quejas se hace presente cuando se refieren a los pies. Esos pies que ya no dan más debido al injusto y duro recorrido por el interior del súper. Una caminata que les resulta interminable y agudiza, hasta el infinito, la suma implacable de huesos que les martirizan los pies. El talón a menudo deformado. Hasta lo indecible. Pero "los viejos del súper" están comprometidos en una épica destinada a dominar sus pies y, de esa manera, continuar erguidos por la vida para dejar un testimonio indiscriminado de sus dolores.

Ah, así es como se empeñan y se vuelcan al legado de esos pies difíciles y poco confiables que en cualquier instante los podrían traicionar. Unos pies que ahora no están en condiciones de cargar con los efectos de unos huesos porosos, en franca retirada, envueltos en una carne que ya no tiene posibilidad alguna. Una carne que tambalea en medio de una grasa petrificada que se ha vuelto autónoma y está desapegada de toda su realidad corporal. Y la pierna. La amenaza de una pierna impresentable que sobrepasó sus condiciones de quebrarse en mil pedazos atravesando el umbral del hueso. Y con una resignación ambigua (los ancianos) aguardan el instante terrible y gozoso de la caída y el derrumbe final de su propia cadera fracturada que se apresta a cumplir la historia lineal y monótona que encarnan los huesos.

Y después, como si cada uno de ellos proviniese de un idéntico manual, "los viejos del súper" se dedican, con un entusiasmo inusitado, a pormenorizar las interferencias que experi-

mentan en la visión. Se vuelcan al diagnóstico de sus propios ojos (la retina adentro). Aducen una vista más que perturbada que los obliga a enfrentar una realidad que permanece dislocada a una prudente distancia de sí misma. Un mundo —no podría ser de otra manera— que ha terminado por tornarse necesariamente ininteligible. Ah. Qué trabajo. Así es porque se imponen la carga velada de unos ojos imposibles que les impiden comprender las minúsculas instrucciones adosadas a las mercaderías: los usos, los beneficios, las propagandas, las prohibiciones, las recomendaciones. Unos ojos que los expulsan de manera cruel de los productos.

Porque la verdad es que todo el tiempo las letras les bailan ante los ojos. Y les bailan también las mercaderías más pequeñas de los estantes. Les bailan los nombres, la angustia, las caras, el dinero, los huesos, sus agotados genitales, la memoria. Todo les baila ante sus ojos. Por eso se convencen que los buenos clientes tienen la obligación de leer para ellos, el deber de explicarles, la función de desentrañar esos significados que, de todas maneras, ya no son importantes porque el cuerpo se los está comiendo vivos. Sí. Lo afirmo con rigor y para ser totalmente honesto.

Le temen al contagio del virus o de la bacteria que los va a conducir al desastre final y oclusivo de unos bronquios que ya se encuentran demasiado expuestos, en el espacio común del súper, por la proliferación (la verdadera plaga) de la última epidemia gripal y la fiebre infecciosa que —ya perciben— van a ser incapaces de soportar.

Ahora mismo uno de "los viejos del súper" se está desplazando con la dificultad de una oruga apenas humedecida. Pero, aún así, entre una espantosa sequedad orgánica —y esto es lo que sorprende y hasta cierto punto maravilla a mi ánimo— se comporta como una herrumbrosa maquinaria exacta. El último (ya el tiempo se está cerrando sobre mí mismo) anciano busca un cliente que lo arranque del silencio que le fue programado, le devuelva la palabra perdida y lo retorne a

alguna parte decente y reconocible de su cuerpo. Pero para conseguirlo debe internarse en el ser de uno de los clientes, perturbar la intimidad de ese cuerpo para acercarlo y hacerlo uno con el suyo y así lograr que el cliente perciba (aterrorizado) en él la inminencia de su propio destino. "Los viejos del súper" vienen a contagiar y a diseminar sus muertes para ganar un gramo más de tiempo.

En fin. Que hagan lo que quieran. A mí sus deseos y procedimientos me importan un carajo. A mi persona. El tiempo ahora aprieta al súper como si lo estrujara en su puño. Estoy preparado. La hora se cumple. Yo me considero una persona que se expresa desde el corazón de la sabiduría. Después de todo soy un hombre aunque, en algún sentido (lo sé), termino enredado a la imagen con que se define una mujer. Mujercita yo.

Handwritten note:
A la imagen con que se define una mujer. Mujercita yo.

Acción directa (Santiago, 1920)

A UNA DISTANCIA incommensurable de mí mismo, ordeno las manzanas. Ya se están desdibujando los contornos geométricos en los que adquieren su incisivo destino los metales. Estoy infectado, atravesado por la debilidad. Este enorme sopor me mantiene exhausto y vencido ante la impenetrable lincalidad de los estantes. Miro fijamente (aunque sé que no debo hacerlo) las mercaderías y, sin embargo, no logro retenerlas ni tanto poco hacerlas volver (recuperarlas) para anexarlas en la memoria profesional que debo ejercitar con los productos.

Ahora, en este mismo oprobioso instante, no sé exactamente qué son o qué nombre tienen o cuál es el lugar que les ha sido asignado a las mercaderías. Me encuentro inmovilizado por la embestida de un cansancio atorrador que apenas puedo resistir. Entre pedazos de imágenes inciertas, pienso, ya lo dije, entregado a un caos absoluto, en la legibilidad de los productos. De manera momentánea, se agolpan en mi mente, pero, de inmediato, se despeñan cuesta abajo resbalando y cayendo desde el abismo de mi discapacitado ojo interno. La lista alcanza a una dimensión móvil más que impresionante. Ay, esa lista que tan cuidadosamente he de memorizar, ha terminado por desmoronarse.

Asisto al inconcebible e inmerecido fracaso de mis noches. Porque (yo) las noches las dedicaba (cuando refulgía el don de mi salud inquebrantable) a rememorar la situación de las mercaderías. Las repaso todavía cada noche y la siguiente con el desánimo y la obligación uniforme que portan las tragedias. Así, por una urgente perseverancia laboral que me obligó a vivir en un estado de alerta permanente, es que conseguí esta-

blecer exactamente cuál ubicación le correspondía a qué, de acuerdo (por supuesto) al código. Pero ahora mismo, qué dolor más lacerante el de mi humillante condición, no recuerdo nada. Salvo, claro, lo más obvio, aquello que está al alcance del más basto aprendiz.

Un ciclo parece a punto de cerrarse. Me refiero a mi cuello que pierde su deslinde. Estoy poseído, lo afirmo, desde la cabeza hasta los pies por un sintoma enteramente laboral, una enfermedad horaria que todavía no está tipificada en los anales médicos. Aunque toque los productos, se me escabulle el orden y el sitio que deberían ocupar en el estante. Soy víctima de un mal que, si bien no es estrictamente orgánico, compromete a cada uno de mis órganos. Me voy hacia atrás con los productos y, con una lucidez perversa y radical, comprendo que estoy a punto de caer anestesiado (con una languidez fatal) en la geografía agujereada del súper. Me precipito hasta el umbral de un pavoroso momento en que podría prescindir de todo. Digo, el vértigo acucioso de perderme enteramente.

Ahora mismo, en medio de una escena torpe y agresiva, me encuentro muy cerca de las mercaderías, encucillado. Permanezco agazapado como si actuara la reencarnación de un sapo y su ostensible respiración (su miedo) y así, tal como un ente entregado a una dimensión anfibia, me contengo para no dar un brinco y huir penosamente saltando entre las piedras en dirección impostergerable al agua.

Es que estoy enredado a olores tóxicos que se superponen sobre mí. Por causa de una olfativa terriblemente química, arribé hasta esta neutralidad nasal que me impide discriminar el limón de la violeta porque se han vuelto indistinguibles (los olores). Pero hasta ayer podía clasificar, con una seguridad no exenta de grandeza: el limón, el jazmín o la frutilla.

Lo que ocurre es que estoy progresivamente cansado, exhausto, enfermo, aquejado por el efecto de un aprendizaje que me resulta inacabable. Los olores indeterminados se atropellan para profundizar la molestia que hoy me produce la ilumina-

ción del súper. Ah, sí. Esta obsesiva luz me agrieta y me ocasiona la sensación de un mareo persistente. Estoy enfermo, ya lo dije. Mal enfocado, desmemoriado y ligeramente ausente de todo lo que sigue transcurriendo en el interior de este recinto. Una distracción que, ya sé, va a alcanzar en mí su inserción endógena, es el efecto tangible que me produce el mareo. Experimento sensaciones que me atacan con una refinada alevosía, porque así, en este estado, soy víctima de una indiferencia que me puede conducir a la disolución. A la pérdida de todo lo que tengo. Lo que he conseguido retener. La miseria arrastrada de mí mismo ahora es lo único que soy capaz de conservar.

Mi salud, desde un espacio anclado a una realidad inasible pero contundente, se ha vuelto deplorable, turbada por el incremento cíclico de las mercaderías. Sí, he sido derrotado por un apoteósico ataque de debilidad que, lo repito, corresponde a una enfermedad laboral, un mal estrictamente técnico producido por el exceso (inútil, como ven, definitivamente inútil) de concentración mezclado a mi afán perfeccionista.

Esta situación (personal) me empuja a una peligrosa lasitud, por ejemplo, a refugiarme en una prolongada aversión a los olores industriales que caracterizan el espacio ambiguamente desodorizado del súper. No me importa dilucidar cuál es el origen (remoto) de los concentrados, es que sencillamente no tolero esos olores comerciales y ante el ojo de quien me observe (me miran permanentemente y no me refiero sólo a la presencia omnipotente de la cámara) es imposible ocultar mi condición enferma. Lo digo, lo repito: estoy enfermo. Estoy cansado. El estigma que sufre y que me ataca, me impide apelar a cualquier espacio prudente de mí mismo, me prohíbe pensar, responder a los más elementales estímulos. Me estoy viniendo abajo. Siempre cayendo (en pos de la manzana) hacia un estado más que degradado.

Lo único útil que puedo hacer ahora consiste en mantenerme a una cuidadosa distancia del estante. Como un animal

viejo miro con una visión aletargada los productos. De manera progresiva (lo aseguro) voy adquiriendo un indudable parecido a una perra ni siquiera rabiosa sino entregada (con un cuerpo general idiotizado) a su fatal destino infeccioso. Encadenado a este final torpe (así, así, sin asidero) me estremezco ligeramente convulsivo de la misma manera como se rascan su propia repulsión los animales.

Pese a mi mal limitrofe todavía me aferro a un último intento por controlar mi pervivencia aunque, claro, le temo a la circulación clandestina de la noticia que el viejo (y astuto como dicen) sobreviviente del súper ha perdido su olfato. (No huele el animal.) No huelo nada más que un olor que ya hubo de ser neutralizado. Pero, ¿cuál es el temor que experimento? No sé, es que le tengo miedo a todo. En realidad estoy ya demasiado agotado (decirlo, decirlo y repetirlo para profundizar al paroxismo el eco del cansancio). Mi deseo (mi último deseo) es derrumbarme en medio de un estrépito más que irreverente y así arrastrar conmigo a una hilera interminable de estantes para que las mercaderías sean, finalmente, las que me lapiden.

Pero es un sueño absurdo, un festival demente el que transcurre por el estrecho borde de energía que aún conserva mi cabeza. Estoy enfermo, necesito con urgencia un permiso, un médico, una revisión total de mi anatomía, un examen biológico, el desmembramiento hostil, una radiación completa que me permita unos días de tregua. Estoy, lo he dicho, completamente al margen de las mercaderías y de los sonidos intermitentes del súper. Estoy enfermo. Me nuevo hoy con los horribles estertores que caracterizan a un herido (de muerte).

Así me deslizo desde los cosméticos (sin el menor ánimo de buscar una máscara posible) al área comercial que se acaba de inaugurar con la ropa. Qué indescriptible el olor truculento del amontonamiento de prendas. Los cosméticos, la ropa. Quiero pensar exactamente en estos términos: los cosméticos, la ropa. Ay, de mí, no lo consigo. Es muy tarde. Antes que me

entregara al agotamiento podía llegar a conjujar de manera perfecta los cosméticos y las diversas prendas de vestir. Y ahora tan elemental mi empeño y sin embargo es vano. Desde hace algunos días supe que arribarían las prendas, pero el hedor (nadie podía entonces suponerlo) superó todas las expectativas. Me vi obligado a acudir al perfume de lavanda para cubrir el vaho maloliente de la ropa. Sé que entre todas las obligaciones (que son exageradas) estoy asignado a las prendas de vestir, pero no quiero acercarme a las telas ni asistir al cliente ni tampoco contaminar mis propias manos buscando en el cajón. Porque para otorgar la ayuda necesaria (al cliente) debería impregnarme bacanal en la abstracción sintética del género. Estoy cansado, enfermo, atiborrado por una mezcla de humores. El olor más que seriado de la ropa, que fue disfrazado y cubierto de otro olor y de otro, me señala que actualmente yo padezco del olfato pues me siento condeñado a una atmósfera nasal que no viene sino a profundizar mi asco.

He extraviado la pericia de mi olfato. No soy capaz de oler nada más que los compuestos básicos y sus matrices (nadie podría imaginar la miseria en que transcurren los primeros materiales), y esta patología es uno de los aspectos más crueles de mi enfermedad. Estoy enfermo en un lugar indeterminado de mí mismo, ya lo he dicho, el cansancio, el sopor, transcurre paralelo a mis órganos. Se trata de una enfermedad interna y subrepticia que emana desde el espacio alejado e impasible de las mercaderías. Y también el cargar con mi abulia y mi cansancio brutal me agotan doblemente. Lo sé. Es tan grave mi estado que ya he perdido mi irreprimible pasión por las mercaderías. Me estoy convirtiendo en un paria mínimo que revolotea alrededor de los estantes mientras desatiendo a los productos envueltos por un plástico que no es completamente transparente.

No es completamente transparente. La configuración de una ventana tramposa que vela la calidad de los productos. Ah,

cómo podría ahora aludir a la presentación de los alimentos. Los alimentos y su ostensible riesgo. El plástico es fatal (aunque claro, extraordinario el plástico). Yo sé cómo, allí mismo, debajo de la materia contaminante del plástico, los alimentos están entregados a un desatado proceso bacteriano. (Los lácteos se destruyen a una velocidad que jamás me hubiera imaginado si no lo hubiese visto transcurrir delante de mis ojos. No quiero hablar de lo insensato, renuncié a convertirme en un cautelador de gérmenes. Estuve, lo sé, entrenado para negarlo todo y defender la pureza de los trozos de cualquier tipo de carne (cada trozo librado a una descomposición abierta). Sé lo que es trabajar agudamente en torno a las variables a las que se expone la carne, sé también hasta dónde y cuándo empiezan a ser reales las fechas. Antes, cuando todavía era sano y no me habían deteriorado las mercaderías, velé salvajemente para que jamás gravitaran el asco y el pánico ante la sospecha que pudieran inspirar los alimentos.

No estoy enfermo (en realidad) sino que me encuentro inmerso en un viaje de salida de mí mismo. Ordeno una a una a las manzanas. Ordeno una a una las manzanas. Ordeno una a una las manzanas. Ordeno una a una (las manzanas).

Mientras ordeno (una a una) las manzanas, que ya han entrado en su última fase comestible, logro entender que no dispongo sino de mi apariencia laboriosa desplegada ante el mesón agudamente industrial del súper. Mis días podrían entrar en una considerable cuenta regresiva. (Mi delantal, mi rostro serial y opaco en el espejo.) Voy acomodando una a una las manzanas, una y una encima de la otra. La siguiente. Sólo toloero permanecer en este espacio aunque si estuviera sano debería moverme diligente con la eficacia que le corresponde a un cuerpo adiestrado para cada una de las tareas de servicio. Pero ahora sólo puedo abarcar con mi mano la manzana. Me pesa terriblemente la manzana. Antes (quizás ayer, no estoy seguro) hube de huir del óxido del tarro. Los metales en que se presentan las conservas se ven verdaderamente majestuosos

brillando en los estantes. Ah, el pulcro y ordenado relámpago (definitivamente artificioso). Ah, si no estuviese atado a la desagradable metafísica de esta voz mía incesante y terminal cascada que me retumba en mis propios oídos (mi voz casi inaudible que me habla de manera monótona a mí mismo. De mí). En mi tiempo exitoso no huían de mi imaginación los alimentos, ni perdía un minúsculo espacio en los estantes. Conozco la inteligencia de las luces. Pero me he enfermado de adentro para afuera. No cuento ya con la menor expectativa. Es tarde. La última manzana podría terminar por destruir la costosa pirámide. Otra manzana se suma ya no sé a cuál acumulación numérica.

Sólo el resguardo tras mi hipócrita forma laboral ahora me sostiene. Finjo los pormenores de unas cuantas (duramente inoculadas) éticas, el uniforme caricaturesco y su impúdica leyenda inscrita en mis espaldas y la obligación de la caminata incesante cada vez menos acelerada por los pasillos bajo la vigilancia de esta luz entera e insidiosa (pero, claro, una luz divina que pareciera provenir desde ninguna parte, qué digo, del mismo espectro de un Dios más que terminal proviene). Simulo la sonrisa, el modo absurdamente sometido y actuó también una disposición cínica entre una sonrisa que no termina de consolidarse. Estoy enfermo, cansado como si en alguna parte de mí mismo tuviera que cargar con la silueta ahorcada de un indeleble despojo. Afuera, en un sector indeciso ubicado en un punto aledaño a mi retina, el horario, el pavor cierto que acompaña la figura extenuada del deslucido cliente. Allí está su mano eficaz (a veces burocrática) capturando el producto que cae limpiamente en el centro del carro.

Pero nadie conoce a fondo la fiesta final de la mercadería y su imperturbable deseo de asalto. Con qué voz pudiera referirme a aquella desatada imagen del alevoso atraco a las mercaderías cuando la turba incontentible arrasa los estantes, arruinándolo todo, impulsados por un amor violento y, sin embargo, más convocante el imperativo odio (de la turba). Ah,

la furia de los cuerpos (que ya no tienen ninguna contención) astillando cristales y la sangre, la sangre, la sangre que irrumpe categorica (el producto visualmente mancillado con un tinte dramático) auspiciando la bacanal de una cuantiosa pérdida que solaza y, sin embargo, trae un curioso consuelo a la muchedumbre que hostiga a los estantes, los vuelca, los devasta entre ominosas carcajadas, aullidos, llantos irredentos, ahogos de un éxtasis fastuoso y así, como un coro enfermizamente preparado se deja caer un mar incontinente de las peores palabras (insultos a las mercaderías y a su poderosa gestión) y lo soez del gesto (en contra del producto) que la turba repite, da inicio a una destrucción mística, divina, de cuanto encuentra a su paso. Digo (el paso abiertamente subversivo de un conglomerado humano) que arremete como un solo cuerpo irrespetuoso, estéticamente desplegado en el presente de una gestualidad ultra moderna pero que, a la vez, resulta absolutamente arcaica.

Aunque siempre me acoche la primitiva esperanza de que se reúna esa turba. Pese a que me invada (salvaje, irreprimible) el deseo que avance y se desplace anónima soportando los golpes y el imperativo y bello fluir de la sangre, sé que hasta ella (el esplendor de la turba injuriosa) va a acudir con premura la desesperación del gas, el brutal desalojo, el desorden final de los productos. Y así podría consumarse (necesario) el despido masivo.

No es posible el asalto. Sigo acumulando la manzana tras un orden seriado y agotadoramente perfecto. Otra manzana gracias a mi oficiosa mano ocupa su sitio. Odio la turba y los desmanes de los agitadores y me parece insoportable la sola imagen de la mancha sangrienta en el producto o la pisada feroz sobre la lata o el escándalo que produce esta luna (artificial) y su luz implacable amplificando los cuerpos que se contorsionan huyendo y llevando, entre sus brazos, un botín siempre insuficiente. No odio a la turba, no tengo fuerzas ni deseos, ni más voz que la que está dentro de mi cabeza. Estoy enfer-

mo. Cerca, a mi costado, percibo que una jauría se solaza ante mi pasiva conducta. Resultaré saqueado inevitablemente. Oh Dios, ya se viene en picada esta gloriosa luna oscureciendo hasta el infinito mi retina y sólo quedo yo enfermo y solitario entregado a la costumbre del producto. Envuelto en la nebulosa de mis adversas condiciones, el único recurso que me resta es implorarle a esta (última) manzana que, por piedad, me devuelva mi salud perdida.

El obrero gráfico
(Valparaíso, 1926)

LA LUZ HA INICIADO su gloriosa tarea de tomar venganza en mí. Por los altoparlantes se filtra la ambientación de una música carente de armonía que se resuelve como mero sonido aletargante. Una melodía (abstrusa) extensa, dedicada a suavizar a los estantes que sostienen al súper y pulir así la imbecilidad que reviste el material. Pero la luz (no la música, no, por ningún motivo) ahora, es mi enemiga. El mismísimo Dios es quien me sigue. Este Dios envuelto en una sofisticada y, a la vez, populista nomenclatura sintética, se monta encima de mis lentos (infrarrojos). Puedo asegurar que se ha empecinado en conducir de manera violenta (pese a mi voluntad, en contra de ella) hasta su paraíso. Sí, quiere llevarme hasta su paraíso y, para conseguirlo, abusa de los dones que le fueron conferidos gracias a la jerarquía de su omnipotencia. Quisiera rehuirlo, devolverlo al estante o encadenarlo al metal del último pasillo para que se quede quieto y consiga —por qué no— descansar hasta morir.

Pero la desdicha de Dios es incapaz de permanecer inactiva y, por eso, está aquí, al lado mío. Es Dios encarnado en Dios el que actualmente me acompaña. Ha descendido (se trata de una feroz caída a tierra) para sentarse, a mi diestra, encima de la palma de mi mano. Me aplasta la mano. Me duele de manera terrible mi dedo retorcido por el peso incommensurable de su culo. Ay, es obvio cuánto me duele el dedo y me duele, también, la luz divina de este Dios atiborrado de gracia. Dios me acompaña, centímetro a centímetro, para engrandecerme y obligarme a cargar con la verdadera pesadilla de una luz que carece de cualquier antecedente. Estoy poseído por un Dios que

me invade con un brillo que me ubica en la mira ávida de todos los presentes.

Dios me posee constantemente como si yo fuera su ramera. Se me sienta (ya lo dije) encima de la palma de la mano o trepa, a duras penas, por mi espalda o se cuelga de una de mis piernas o se introduce de lleno en mi interior hasta oprimir los conductos de mi agobiado corazón. Dios está en todas partes. A lo largo y a lo ancho de mi cuerpo. Y se radica con una intensidad (que ni te digo) en mis órganos para que retumben en su honor. Quiere constatar hasta qué grado su morada se establece en mis retumbos. Ay de mí. No me queda más remedio que alabar el inmenso, incomparable honor que Dios me ha dado.

El honor que Dios me ha dado me permite asegurar que hoy soy su elegido. El elegido de Dios. ¿Qué hice para merecerlo? ¿Qué debo hacer para conservarlo? ¿Qué hago?, me pregunto. ¿qué hago?, me repito, mientras camino, borracho de fe, tambaleando en el pasillo para alcanzar a realizar, lo sé, la última representación organizada con la que se va a sellar el fin de mi episodio laboral. El tiempo ya se corta con la hoja de un cuchillo. Pero ahora, con una urgencia impostergable, necesito recobrar para enderezar a mi Dios que hoy está desmejorado, peor que nunca, volcado sobre mí como si yo fuera la última migaja que le resta tras un suculento banquete. Pero la gula de Dios es insaciable. Ay, montado en mi pulmón hasta provocar un grumo de sensualidad en mi copiosa saliva. (Hay que decirlo: Dios me hace salivar como un guanaco.

El insuperable fuego de Dios se aproxima para palparme y recorrerme y obligarme al refinado oficio de su puta preferida. Será el ardor. Ah, el roce con esta consagrada y ambigua cercanía. Me inflamo y noto cómo y en cuánto se eriza la superficie de mi piel. Pero el maldito puto no me satisface con la gracia divina que le asignan. Como debiera su enloquecida y desatada majestad. Digo, la majestad que se requiere para llevarme hasta ese punto sin retorno en que Dios y yo seríamos indistinguibles. El y yo, uno, unidos para siempre.

Pero el implacable y sacrilego supervisor me observa con su expresión asea. Me mira con un dejo pragmático verdaderamente hiriente. Ay su mirada, justo en mí, que estoy a punto de conocer el éxtasis. El bastardo sin Dios y yo, en cambio, cargo a mi propio Dios incrustado en la ingle como una garrapata el cerdo.

Estoy borracho, lo sé, quizás alcoholizado de fervor. Es que Dios se ha presentado tomando partido por mi cuerpo y ¿dime?, ¿qué humano podría rehuirlo? Dios me ha hecho el favor de caer en pleno sobre mí, anticipándose a cualquier llamado. Digo Dios y digo luz. Los rayos del súper se me agolpan formando una aureola alrededor de mi cabeza, Dios me está apretando la cabeza. Mi cabeza se deforma por la aureola, pero no, pero no, no, es increíble para mí haberme arriesgado al punto de terminar parapetado tras esta facha de santo. Se acerca veloz la Navidad. Y aquí estoy, en la entrada del súper, formando parte del pesebre. Ah, sí, yo soy el que dirijo la ceremonia del pesebre. Tengo sed. Pero debajo de la paja guardo el pisco. Dios me autoriza porque, finalmente, ha nacido, gracias a mí, en todos los instantes. A cada instante lo obligo a nacer en la miseria del pesebre.

Así, hoy es Dios quien me induce al pisco. Mi Dios (mi diosito lindo) me lo concede porque yo soy el padre de su hijo y como suplemento (no me digas que Dios se va a privar, no te atrevas a afirmar que Dios haría una cosa así) cumplo con el oficio histórico que le fue asignado a la puta. Yo soy (también) la niña obscena que va a enderezar su alicaído senil miembro. Me he vestido con el disfraz que mejor me representa y Él me ha reconocido. Aquí mismo. Yo, su padre. A la entrada del súper, encabezo el pesebre disfrazado como un santurrón de pascuilla. Pero Dios se alegra conmigo y estamos a punto de reírnos (de matarnos de risa) porque me hace cosquillas para que yo, a mi vez, realice el trabajito que requiere su miembro. Viejo Dios impotente.

Me molesta la aureola, el báculo, el estruendoso maquillaje

que irrita el fondo de mis ojos. (Mis ojos ¿es visible?, ¿se nota demasiado el malestar de mis ojos?) y también me atormenta este gentío que me mira con la boca abierta, babeando una conmoción majaderamente religiosa. Pero el Dios que hoy me habita me permite soportar la constante infección de mi ojo y me otorga, también, entrada a la botella. La Navidad parece que no arriba debido a la inconstancia de los fieles.

(En cuánto dilatan la compra de regalos, cómo se regatean a sí mismos los mezquinos.)

Dios se pone furibundo y me hostiliza. Me trata cual un paria adentro de mi oído. Qué mal hablado el guardián de los insultos. Pero ya se sabe que la bondad de Dios es paradójica porque es, especialmente, vengativa. La necesaria venganza que ocasiona el amor. No me queda sino amar intensamente a este Dios y permitirle su venganza. Aceptar los insultos que le ocasiona esta marginal borrachera que sustento. (Escondo cuidadosamente la botella entre la paja picada.) Qué importan los insultos si cualquier cosa (¿quién podría negarlo?) que provenga de Dios es sagrada y perfecta.

¿Qué hacer con la sandalia? Mi pie, casi desnudo, está expuesto a la mirada. Las uñas de mis pies se ven tan sucias, diosito lindo, hasta dónde se extiende la fealdad roñosa de mis patas. No somos dignos de dejarnos caer ahora en la vergüenza (pero cómo cubrir el pie, el ojo legñoso, la horrible vena hinchada que surca mi tobillo). Quisiera hoy elevar hasta la saturación los decibeles de mi divinidad. Debería estar mucho más cubierto de Dios. Pero la verdad es que me encuentro a punto de caer cautivo de un sentimentalismo torpe debido a la melancolía que me imponen las campanas (pregrabadas) que señalan una Navidad que viene aproximándose. No sé por qué y, sin embargo, entiendo cómo me inunda parcialmente la tristeza.

Estoy en la tarima del pesebre, erecto, incitando con mi fe a los compradores. De pie, sí, solemne, mientras la mujer (una de las últimas cajeras) sentada, a duras penas, sobre un piso de

mimbre, sostiene en su regazo al insignificante Dios de plástico. (De la peor calidad el plástico del niño.)

Juntos, debemos esconder la carcajada que nos suscita la representación de una familia, (qué me dicen, ¿ah?, ¿qué?). Pero nosotros, con la venia de Dios, nos empeñamos, con una rigidez alucinante, en actuar al grupito que ha sido favorecido por una serie de regalos idiotas. Estos horribles animales (sintéticos. Con cuánta saña se abusa de la masificación de las materias) que me causan alergia en la planta de los pies. Nos rodea la serie conocida de animales desérticos que adornan el pesebre. Me pican los pies. Introduzco el dedo índice a través de la sandalia y me rasco con furia. ¡Qué alivio! Luego bebo (a hurtadillas) el concho de pisco que me recompensa. Brindo directamente del gollete para que se conserve por toda la eternidad posible este numerito que se manda Dios en la incierta conmemoración de su ilustre nacimiento. En el súper, claro, de qué otro modo, pues, estaría yo encabezando la miseria de esta gloria que me ha sido concedida.

Es tarde. Me hartan las campanas, me aburre la sincronía del ding-dong zalameramente electrónico. Ya pronto mi Dios se va a quedar dormido para descansar en el séptimo día que se dio licencia. Y yo fuera de sus leyes, ajeno a la hora del descanso, me pregunto: ¿en qué maldito instante el supervisor va a encender la luz roja que dictaminará el fin de mi jornada?

La voz del mar (Valparaíso, 1920)

LA MULTITUD. La muchedumbre.

Los supervisores decretaron un turno de emergencia. Sin tregua alguna. Atenderemos —se dijo exactamente así, en general, sin el menor énfasis— a lo largo de 24 horas.

Han transcurrido ya 14 o 16, no sé, no puedo estar seguro. Avanzo, me abro paso con mi ojo. Mi ojo es hipermétrope, técnicamente enfermo. Escondo el mal, lo disimulo. Pero cómo me dificulta la visión. Un cigarrito, un cigarrito. Un trago de pisco, un vaso no más de vino tinto. Claro que no. Está estrictamente prohibido. Y qué imperativo el orinal. No puedo orinar en este tiempo atiborrado de clientes. Pero la vejiga infame se ha repletado desde no sé cuál líquido. Imposible la orina porque yo no puedo ausentarme ni un instante de la acometida humana que se nos cayó encima. (Es que la Navidad ha concluido y se dispone bacanal el año nuevo.) La multitud enfiebrece (indescriptible la terrible calentura) por la próxima fiesta se disputa, claro está, la mercadería.

Las botellas (mi sed). El pan. Los altos de cangrejos. La sal.

Hace 14 o 16 horas que doy vueltas, finalmente, en redondo. Los pies me laten con mayor intensidad que el corazón. 14 o 16 horas transcurren ya desde la omnipotencia del estante. La bodega se llena y se vacía y se colma nuevamente (no se imaginan la entrada y la salida de camiones, las toneladas de mercaderías que pueden transportar. Son poderosos, enigmáticos). Tardíamente el perro ladra su sonido mecánico gracias a la potencia de la nueva batería, el loro grita. Y, por supuesto, la muñeca está agotada (su pila, me refiero). No llora, no habla, parece fallecida. Ah, el anacrónico espectáculo ya discontinuado de

la juguetería, no, no, no, el altoparlante ahora me deriva a las cecinas, qué hacer.

Amable, envuelto en mi acostumbrada cortesía, me desvío (no puedo más) hacia el orinal y siento el chorro. Meo como un desafortado después de 14 o 16 horas de acumular el goteo. Estoy en riesgo. Lo sé. Pero cumpliré el trato de las 24 horas.

24 horas. 24.

24 horas sin salario adicional.

En un acto impulsivo de sinceridad, debería confesar (pero, ¿a quién?) que a mí nada ya me martiriza. Estoy robusto, bien cuidado, amable, seguro de mí mismo, atento a los rincones, consecuente. El súper es como mi segunda casa. Lo rondo así, de esta manera, como si se tratara de mi casa. Me refugio en la certeza absoluta que ocasionan los lugares familiares. Pero no es la primera sino definitivamente la segunda y me pierdo. Tirubeo hundido en el agobio que me ocasiona esta creciente inestabilidad.

Me torno ajeno. Desorientado busco un norte, cualquier miserable referencia entre esta multitud que me avasalla y me golpea con sus carros. Y como si fuera un guerrero capturado me empujan hasta el centro de la arena. A combatir (entiendes, supongo, de qué hablo, comprendes que me refiero a mi puesto de trabajo). No a combatir sino a enfrentarme pasivamente con la fiera. Pretendo excluirme del rugido. El sonido es, finalmente, irrelevante, la fauce en cambio es estratégica. El colmillo, su filo irregular en medio de un hambre prolongada.

(Se han dejado caer desde la orilla un conjunto de ansiosos pobladores, ellos son magros, sólo la ansiedad es poderosa.)

Podría asegurar que soy la exacta víctima que han expulsado al redondel. Es verdad, sí, la víctima (¿resultaría cómodo?, ¿no?) pero creo (sinceramente) que yo fui quien me ofrecí por que necesito con desesperación enfrentar este colmillo; su roce, su desgarró, el espectáculo final del desmembramiento (qué lujo) y la caída definitiva de mi masa. De una vez por todas. Hasta cuándo.

292

La naturaleza del súper es el magistral escenario que auspiciaba la mordida. Oh, sí, los pasillos y su huella laberíntica, la irritación que provoca el exceso (de mercaderías por supuesto), los incontables árboles (artificiales pues) con sus luces ino-cuas. La música emblemática y serial. Un conjunto armónico de luces (de colores) correctamente conectadas a sus circuitos actuando de trasfondo para abrir el necesario apetito que requiere la fiera. Y aquí estoy yo, en plenitud, protagonizando el espectáculo intransable de las horas.

Catorce o 16 horas en que me apego a ésta, mi segunda casa, con los pies casi completamente destrozados. Y los brazos. Cargo no sé qué porcentaje ya de toneladas, digo, el azúcar, los tarros, las bebidas. Y los chocolates. El pan cargo. Cargo mi ira, mi odio, mi miseria. Cargo con todo. Estoy abajo, en pleno ruedo mientras el animal aúlla su apetito. No es cruel en realidad. Sólo lo mueve la invasión de un tipo de hambre externa e insaciable. Un apetito ultra estimulado por el reflejo estrepitoso de las luces. Hoy se precipita la masa compradora convencida por la ilusión de un bosque inscrito en el falso ramaje de los fugaces arbolitos.

16 horas. Continuadas.

16 horas cronométricas.

Como un inamovible enfermo terminal permanezco conectado artificialmente a mi horario. Quizás demasiado pálido, posiblemente en algo tembloroso, pero ¡vamos! atento, cordial, empecinado en la sonrisa para cubrir las horas que me restan. Ya no habito dentro de mí mismo. Estoy enteramente afuera, dado vueltas. Me doy vueltas y vueltas para cumplir, satisfacer. ¡Qué orgullo laboral! Se dejará caer inexorablemente el año nuevo. El pisco ahora está al alcance de mi mano y a una distancia incalculable de mi boca.

Padezco de una sed cristiana y apacible.

No es exactamente así. Me invade una sed agónica que me habla ferozmente de la sed. (Necesito un pisquito, un vino blanco helado, una cerveza.) El supervisor lee mi deseo y lo

293

goza y lo acaricia y se solaza ante el titubeo de mi mano en la botella. La fiera avanza remeciendo los estantes y me busca. Estoy cercado, vencido de antemano como un guerrero exhausto que no fue tocado por el don de la carisma. Circulo y me desplazo estupefacto ante mi increíble y penoso anonimato.

Circulo y me desplazo como una correcta pieza de servicio. ¿Quién soy?, me pregunto de manera necia. Y me respondo: "una correcta y necesaria pieza de servicio". No me respondo nada. Actúo silencioso en los pasillos resistiendo a la multitud desahorada que escarba y busca megalómana completar su próximo festín en una oferta. La fiera se inclina a la ebriedad para olvidar la dimensión de su barbarie y se vuelca a la botella. Repongo con una rapidez vertiginosa las botellas. Mi sed no es mensurable ni admitida. Mi mano se desliza por el pisco y la retiró pues me quema. Pero 16 horas se han cumplido y yo mantengo intacta mi impecable fortaleza.

Aunque el pie, la mano, el oído no responden, ni responde el riñón, el pensamiento, yo continúo. El supervisor sabe de mi estado y de su estado (corporal) y me vigila. Pero su extenuación es incompleta. Luce aún saludable ante la muchedumbre, se destaca. Estoy luchando contra una noche enorme, de pie (una silla, una cama o al menos un jergón) con mis riñones verdaderamente destrozados. La multitud parece engeguedada (por su dependencia oral a los productos). Y a mí me tiembla de manera obscena una de mis piernas. Me tiembla el codo, la mano. El ojo.

Me golpean, me empujan, me solicitan desde los cuatro puntos cardinales (los altoparlantes parecen no poner límite a la oferta). Ah, es verdaderamente impresionante la elasticidad monetaria con que intercambian su precio los productos.

(Los pobladores se agolpan mientras esgrimen un gesto despectivo.)

Me aúlla la mujer desde su carro, que no quiere esa carne, que no quiere, me grita, que no (quiere) y yo asiento y recibo impertérrito la próxima andanada del hombre que me insulta

porque se ha cumplido el plazo estricto (cinco minutos rigurosos) de la última oferta y él no ha podido, no pudo arribar hasta el estante y más gritos aún, que esto, que el otro, que cualquier cosa a mí que estoy desmadrado, dispuesto a lo que venga. Y expulso de mi mente la escalada de mi atroz resentimiento, porque, después de todo, antes que nada, se trata de clientes que ejercen su legítimo derecho a maltratarme. Es que están cansados los clientes por la frustración que les provocan sus adquisiciones. Nuestros clientes son el lema obligatorio —no te olvides— que el cliente es el amo, el tutor absoluto de la mercadería. (Ensortecido por la escalada de gritos me entrego a la fatiga de las 20 horas continuadas.)

Se aproxima el nuevo año. Cuento los minutos con los dedos. Este tiempo moderno y aleatorio se desgrana viajando desde mi frente hasta la palma de mi mano. Los guardias plenamente armados retiran los cuantiosos fondos y se desplazan hasta el camión blindado realizando un bello operativo bélico. Las armas, la estatura, el gesto decidido, el botín en las bolsas de dinero.

El año se retira colmado de divisas. Próspero el año y yo aquí, de pie en el súper cautelando la estricta circulación de la moneda. Cajera, asecador yo, empaquetador, promotora, guardia de pasillo, custodio, encargado de la botillería. Resuenan las estridentes finales campanadas. Inclinado, curvado por las peticiones, me abrazo locamente a los estantes y celebro mi año (nuevo), mi triunfo. Y mi silencio.

Terminan las campanas y se desencadena un impresionante haz de fuego artificial.

Veinticuatro horas.

Veinticuatro (horas). Qué importa la inminencia del despido. Hay que poner fin a este capítulo.

II
PURO CHILE
(Santiago, 1970)

AHORA LOS VASOS NO SIRVEN PARA NADA

ISABEL SE VEÍA cansada. Apenas entró a la casa nos informó que su turno en el supermercado se había extendido en dos horas. Dos horas más de pie, nos dijo, habían devastado su humor. Nosotros nos apenamos. La acompañamos hasta su pieza. La guagua ya estaba durmiendo. Isabel ni se percató. La ayudamos a tenderse en su cama. La observamos hasta que empezó a cerrar los ojos y, de inmediato, supimos que Isabel iba a despertar porque dormía a saltos. Se levantaba a menudo en las noches, hacía ruidos inconvenientes. Entraba al baño o recorría la casa sin el menor sigilo. Ya se había convertido en una insomne. Poco a poco. El exceso de trabajo del último año la puso en ese estado. "Tensa", nos dijo.

Estaba tensa. "Pero le va bien, le va bien", comentó Gloria. Nosotros asentimos. Realmente le iba muy bien. Ahora promovía tres productos: una licuadora compacta, un cepillo de fibra y vasos de vidrio reciclado. Tres productos.

Tres empleos. Tres sueldos. Isabel tenía tres empleos y tres sueldos. La queríamos y ella lo sabía.

Durmió mal, nos despertó varias veces, tomó una cantidad considerable de agua en la noche. Orinó con estruendo. Nos levantamos temprano y la acompañamos hasta la oficina central del súper. La esperamos en la antesala. Sabíamos que adentro uno de los supervisores le estaba lamiendo el culo. Eso nos dijo ella. "Me lame el culo". Agregó que ella también era una lameculos porque dejaba que (ese viejo asqueroso) (lo dijo despacio) le pasara la lengua por el trasero y afirmó que francamente no le importaba. La tenía sin cuidado. No le costaba nada ser una lameculos. "Todos ahora lo son", dijo.

"Todos sin excepción." Gloria estuvo de acuerdo. Nosotros también dijimos que sí. Opinamos, sin reservas, que la única manera de conseguirlo era lamiendo el culo. Gloria añadió: "Claro, porque si no, vean no más lo que me pasó a mí". Volvimos a asentir.

Isabel estaba realmente preocupada por la caída que experimentaba uno de sus productos, parecía afectada por la insignificancia de los vasos. Nos comunicó que era posible que los retiraran de circulación. No funcionaban bien. Habían llegado al supermercado gracias a la importación de una gran liquidadora. Terían impreso un valor razonable. Eran incluso decorativos, pero se veían demasiado livianos. Inconsistentes. Prescindibles. Los tomamos en nuestras manos y verdaderamente había algo en esos vasos que no resultaba decisivo. Eso preocupó a Gloria. Se puso muy ansiosa y glotona. Nos vimos en la obligación de frenarla en seco. Tuvimos que castigarla. No podía comer más de lo necesario. Isabel iba a arreglar el problema. Siempre lo hacía.

Isabel era una promotora excelente. Si no resultaban los vasos pues muy pronto encontraría otro producto. Eso le dijo Enrique. Ella se enojó. Nos quedamos callados. Isabel nunca se enojaba así. Ya era mediodía cuando salió de la oficina del supervisor. Nos informó que le iban a dar un nuevo punto en otro supermercado.

"Ahora se van a multiplicar los viajes", pensamos. Más gastos. Isabel iba a ganar menos. Enrique no dijo nada. Gloria lloró levemente. Nosotros la consolamos y repartimos las nuevas listas que nos habían proporcionado en la Municipalidad. Se trataba de bolsas de trabajo para vendedores puerta a puerta. Los productos consistían en diversos tipos de jabones que pretendía industrializar una fábrica de la zona.

Enrique se rio. Aseguró que el negocio de los jabones no iba a resultar. Dijo que era una maniobra para encubrir la situación. "Jabones", repitió. "Culiados mentirosos. La gente

ahora usa puro detergente. ¿Qué máquina culiada va a lavar la ropa con jabones?", añadió, Gloria le pidió que no hablara así de la Municipalidad, que por favor no. Él le contestó que hablaba como quería. Isabel señaló con una inusitada convicción que había que evitar las peleas. Nosotros estuvimos completamente de acuerdo.

GLORIA VA A DORMIR EN LA PIEZA DE ATRÁS

GLORIA SE QUEDÓ en la casa. Sencillamente no logró conservar ningún empleo. Fracasó de manera irreversible. Aunque la apoyamos y la estimulamos, en realidad no servía como receptorista. Enrique le comentó que no era su asunto cuánto ganaban o dejaban de ganar los demás. Ella lo rebató. "Todo es igualmente importante", le contestó. Después del despido, buscó en los avisos de los periódicos, se obligó a innumerables antenas. Comparó a no sabemos cuántas entrevistadas. Llegó a no sabemos cuántas, anexó certificados, sus fotografías. Adjuntó cartas de recomendación. Se arregló bastante para cada cita. Se vistió con su mejor ropa.

Finalmente resultó lo del supermercado. Pero sólo resistió unos pocos días como degustadora. El trabajo se lo consiguió Isabel mediante sus contactos. Gloria, al cabo de ocho días exactos, no pudo. Ni siquiera cobró la parte que le correspondía del salario. Era una tarea simple. Su obligación consistía en freír unas pequeñas salchichas y ofrecerlas a la clientela que se desplazaba por los pasillos del súper. "El olor es repugnante porque el aceite está pasado. Es un aceite de mierda", dijo. Ese día Enrique se puso notoriamente furioso. Nosotros hicimos todo lo posible para calmarlo.

Ella, entonces, decidió permanecer en la casa. Se ocuparía de limpiar, cocinar, ordenar, lavar, planchar, coser, comprar, realizar nuestros trámites. No logramos oponernos. Fue necesario efectuar un ordenamiento. Naturalmente Gloria debía dejar su cuarto y empezar a dormir en la minúscula pieza del fondo. Eso formaba parte del arreglo. Tenía que dormir alejada de nosotros y dejarnos sus frazadas, sus sábanas, la cubrecama. Debía también permanecer en nuestro baño la toalla, su

tubo de pasta de dientes, el jabón, su desodorante, la colonia. Su tijera.

Empezó a dormir atrás. (Pobremente.) Enrique fue al centro y le compró un delantal que estaba muy rebajado en una liquidación. Todos pusimos una cuota para pagarlo. Ella exigió una escoba nueva, detergente, cloro, paños de aseo, limpiavidrios. También nos solicitó un delantal más. "Para cuando lave el que tengo puesto", dijo. Confeccionó una extensa lista. Pidió arroz, tallarines, salsa de tomates, huevos, azúcar, café, té, manzanas, harina, sal, aliños, aceite. Se volcó a las verduras. Enrique le dijo que ya estaba bueno. Que se dejara de joder. Agregó que si seguía molestándonos con peticiones tontas, la íbamos a despedir. Isabel le comentó a Enrique que había sido demasiado descortés. Que finalmente no le pagábamos un peso a Gloria. "Tiene casa y comida gratis", contestó Enrique. "¿Te parece poco?"

Permanecimos en silencio. Gloria se limpió nerviosamente las manos en el delantal y caminó arrastrando los pies hasta la cocina. Isabel se recluyó en su pieza de la que ya no iba a salir hasta el día siguiente. Enrique se acomodó en su silla y se dispuso a observar un programa en la televisión. Cerca de la medianoche, Gloria le llevó una taza de té y le preguntó si se le ofrecía algo más porque se iba a acostar. Enrique ni siquiera le contestó. Sólo le hizo un gesto altanero con la mano y continuó absorto mirando fijamente la tele. Emitían un especial de conversación. Hablaban de las parejas, de los hijos, de política, de religión, contaban chistes. Una muchacha cantó una canción que conocíamos bastante. Justo en el momento en que uno de los invitados lloró, Enrique se pasó la mano por los ojos. Estaba cansado.

Después de un tiempo, empezaron las carreras nocturnas a la pieza de Gloria. Se multiplicaban los ruidos que conocían el pasillo. Gloria se dejaba hacer sin el menor entusiasmo. Dijo que normalmente pensaba en otras cosas, enfatizó que, en esos momentos, se le venía a la cabeza la enorme can-

tividad de cosas que tenía que resolver. "Cuando se me montan encima pienso en lo que voy a hacer de comer mañana." "O recuerdo que se está terminando la margarina y ruego que no se me olvide pedirles la plata para comprar otro paquete."

Exigía que le retiraran las botellas de cerveza del velador de su pieza porque le molestaba el olor. Hasta que un día, Isabel dijo que estaba harta de esas costumbres oprobiosas. Nosotros asentimos. Gloria impidió que recayera la culpa sobre la cabeza de nadie y dejó la puerta abierta para que no rechinara cuando entrábamos.

Nos gustaba el orden de Gloria. Todo estaba reluciente, las camas estiradas, el piso impecable, cocinaba de manera económica. Tenía buenos modales, nunca nos robaba un peso. Sí. Ella era honrada y era limpia. Caminaba cuartas para encontrar las últimas ofertas del día. Teníamos tan poco dinero y ella realizaba verdaderos milagros con la plata. Queríamos a Gloria. Pero ella se aprovechaba del afecto que le profesábamos. Nos irritaba. Decía que éramos unos fracasados. Que no teníamos dónde caernos muertos. Que éramos cochinos. Que se iba a buscar una casa decente. En cuanto pudiera.

ALBERTO QUERÍA FORMAR UN SINDICATO

ENRIQUE DESCUBRIÓ que Alberto tenía malas costumbres. Nos advirtió, de inmediato, que debíamos tomar una decisión. No supimos qué decir cuando nos enteramos. Era tan peligroso. Una situación más que difícil. Alberto ordenaba las verduras en el súper. Cuando le contamos a Gloria lo que estaba ocurriendo, se puso fuera de sí. Dijo que siempre había desconfiado de Alberto y que ahora podía afirmar, sin el menor asomo de duda, que varias veces había encontrado papeles que aludían a ese asunto. Agregó, también, que los papeles estaban debajo del colchón de Alberto o entre sus ropas o en la maleta e incluso en los bolsillos de sus pantalones. Pero nos señaló que ella pensaba que se trataba de un pasatiempo o de una colección que Alberto estaba iniciando. "Ustedes saben", nos dijo, "la gente colecciona cualquier cosa". Dijo, además, que era un maricón. Agregó que se había aprovechado de nosotros y que nos había engañado.

Enrique opinó que había que esperar, que debíamos ser extremadamente cautelosos. Insistió en que ninguno de nosotros tenía que darse por aludido ante la noticia. Indicó que lo único que podíamos hacer era empujar a Alberto hasta que abandonara la casa por su propia iniciativa. Nos dijo que teníamos que conseguir que saliera de nuestras vidas sin la menor complicación. "Este cullado piojoso que apenas paga la parte de sus cuentas y nos quiere meter en este tremendo forro", dijo Enrique.

Isabel se enteró en la noche. Se abalanzó a mirar a la guagua que, por fortuna, ya estaba dormida en la cama y, después, se reunió con nosotros. Se lo contamos. Le dijimos que Alberto participaba en asociaciones secretas para organizar un sindica-

to en el supermercado. Isabel se puso pálida y en su rostro se instaló la huella de una tristeza infinita. Se retorció las manos. Dijo que cómo Alberto podía ser tan mierda, tan chucha de su madre. Nosotros lo lamentamos mucho por Isabel. Ella respetaba y quería a Alberto. Algunas veces lo invitaba a tomar una taza de café en su pieza y se reían de lo lindo. No nos dejaban dormir con las risotadas. Afortunadamente la guagua tenía el sueño pesado porque cuando lloraba el ambiente se volvía insufrible. Una noche pasó eso. Ellos se reían y la guagua lloraba. Tuvinos que pegarle palos a las paredes para que se callaran. Incluso a Gloria, que estaba al fondo, también la habían despertado los ruidos. Eso nos dijo en la mañana. "No me dejaron dormir y con la montonera de cosas que tengo que hacer".

"Este saco de huevas quiere que perdamos el trabajo", dijo Enrique. "Culiado envidioso", añadió Gloria. Nosotros asentimos. En la sucursal más importante acababan de borrar de las nóminas a un grupo de pendencieros que conspiraban para poner en marcha un sindicato. Con el fin de precaver la posibilidad de que el movimiento fuera mayor, se habían deshecho de todo el personal que ocasionalmente almorzaba unido. En realidad habían despedido al turno completo. Por eso nosotros no teníamos contrato. Para que jamás se formara un sindicato. "Y se hacía el huevón esta mierda. Si hubiera andado en la buena, debería habernos hablado del sindicato. No lo hizo por una razón muy simple: quería cagarnos", dijo Isabel. Nosotros, desde lo más profundo de nuestros corazones, pensamos que ella tenía toda la razón.

Dejamos de almorzar con Alberto. Contábamos con una hora de descanso. Comíamos los panes que Gloria nos preparaba, sentados en las orillas de los jardines que rodeaban el supermercado. De vez en cuando, Isabel nos convidaba un refresco, generalmente una Coca. La Coca acompañaba nuestro pan con queso. No nos sentíamos cómodos porque el queso se nos metía entre los dientes y, después, a lo largo de la tarde, nos escarbábamos la boca con las uñas. Y eso se veía feo.

Alberto entendió que estaba aislado porque cuando lo divisábamos, nos alejábamos de manera indesmentible. Empezó a comer solo. Parecía triste. Estaba enojado con nosotros.

Gloria fue quien tomó la iniciativa. Ni siquiera nos consultó. Se vistió con esmero. Se puso su mini elástica, unas medias de algodón, el pañuelo semitransparente al cuello, unos aros alargados, sus botas, el chaleco de lana. Se pintó los labios de un color bastante rojo. Se esparció colonia detrás de las orejas. Lucía muy bien. Casi bonita. Fue al supermercado y le contó todo al supervisor. El supervisor era uno de los jefes que se encerraba con el culo de Isabel en su oficina. Gloria le dijo que Alberto quería formar un sindicato. El supervisor la conocía someramente. La escuchó con una expresión de espanto en su rostro. Si se descubría lo del sindicato a él lo iban a eliminar antes que a nadie. A Alberto lo despidieron esa misma mañana. Ni siquiera lo hicieron completar un solo documento porque el papel de despido lo teníamos que firmar cuando nos contrataban. Cada 30 días firmábamos los papeles. Sí. Cada 30 días teníamos que estampar una firma. Después de eso, Alberto ya tenía las horas contadas en la casa. Nosotros no permitíamos cesantes. Ni enfermos.

Gloria nos dijo que no iba a soportar que se la montara nunca más. Aseguró que si Alberto tenía tantas ganas, pues que se fuera y culiara a su mamá.

A ENRIQUE CASI LE DIO UN ATAQUE

ENRIQUE QUEDÓ sin respiración cuando lo supo. Se puso ligeramente amoratado de furia. Nosotros pensamos que le iba a dar un ataque. Apenas regresamos del súper, Gloria nos comunicó que se habían llevado la tele y el equipo de música. "Conchas de su madre", dijo Enrique. Nosotros lo lamentamos en el alma. Sabíamos lo feliz que se sentía con su equipo y con su tele.

Enrique era tan generoso con nosotros. Nos dejaba mirar los programas en su tele, podíamos escuchar nuestros compact en su equipo y cuando, ocasionalmente, hacíamos alguna fiesta, permitía que bailáramos. O, si la fiesta se ponía aburrida, nos impulsaba a mirar tele para que no se retiraran antes de tiempo los invitados. Enrique no bailaba demasiado. No le gustaba. Permanecía lejano y pensativo. Era una persona extraordinariamente pensativa. Nosotros sabíamos en qué pensaba y por eso lo dejábamos tranquilo. Resultaba reconfortante, después de todo, que Enrique nos quisiera tanto. Nos quería a todos, aunque algunas veces se enojaba con nosotros. Sin embargo, se trataba de una rabia superficial que se le pasaba de un día para otro. Eso era lo más extraordinario de su carácter. No tenía una gota de rencor.

Pero ahora no estaba enojado. Parecía profundamente triste. Nosotros sabíamos, desde hacía un tiempo, que le iban a requisar el equipo y la tele. No había pagado las cuotas. No consiguió pagarlas porque en el súper nos habían bajado brutalmente los sueldos. Estaban contratando a más gente y el trabajo disminuía y disminuía. (Ahora ya no contábamos con jornadas completas sino con horas cruzadas por una insupportable incerteza.) A algunos de nosotros nos correspondía asistir a trabajar día por medio. La primera que nos entregó noti-

cias acerca del problema por el que atravesaba Enrique fue Gloria. Dijo que Enrique tenía un sinfín de notificaciones guardadas en su pieza. Nos contó que las cartas decían que si no pagaba le iban a quitar la tele y su equipo de música.

Pensamos ayudarlo a cancelar las mensualidades atrasadas. Estábamos a punto de hacerlo pero desistimos porque Gabriel, el empaquetador, que era el más joven de todos nosotros, nos comentó que, más adelante, Enrique se iba a ir con su tele y con su equipo a otra parte y nosotros nos íbamos a quedar mirando el techo. Nunca tomábamos en serio lo que decía Gabriel. Era casi un niño y además medio tonto. Pero Gloria nos recordó que Enrique se había reído de su tele. Era verdad. Ella tenía una tele pequeña, con muchas interferencias, pero que todavía funcionaba. La había comprado a precio de huevo en un puesto de la calle. Pero Enrique le dijo, con una actitud que a todos nos resultó demasiado despectiva, que no estaba acostumbrado a ver tele en una cagada así. "En la tele culiada que tenis", le dijo.

Decidimos no pagar ni un peso. ¿Por qué razón Enrique se había comprado esa tele y ese equipo de música tan costosos? Claro que fue Isabel la que lo aconsejó. Ella, quien le argumentó que si iba a gastar, era más adecuado que se comprometiera en serio. Le insistió que por unos pesos más iba a gozar de un producto verdaderamente superior. Isabel sabía de precios, pasaba gran parte de su tiempo examinando las características de los productos. Se había convertido en una experta. La consideraban una de las mejores promotoras de la ciudad. Incluso le dieron un diploma por sus incontables méritos.

Ese día, el día de su premio, nosotros no podíamos más de felicidad. Acudimos a la ceremonia. Nos sentíamos tan orgullosos de ella. Incluso nos quedamos a la fiesta. Gloria nos dijo que teníamos que comer lo más posible. Le hicimos caso. Se veía linda Isabel arriba del escenario. Había bastantes promotoras pero ninguna lucía como Isabel. Estaba preciosa, preciosísima Isabel. Tenía un estilo, una mirada, un porte, un peina-

do, una manera mucho más armónica de caminar. Ese día dejamos a la guagua sola en la casa. Cuando volvimos, estaba llorando. Gabriel le preparó la leche y le dio la mamadera. Después nos vimos obligados a pasearla para que se quedara dormida. Isabel había abandonado prematuramente la fiesta con uno de los supervisores. Era un viejo (repugnante) que no la dejaba en paz. Ni siquiera el día de su diploma le dio tregua.

La casa nos parecía extraña sin la tele. Sin el equipo. Pero teníamos que acostumbrarnos. Era inevitable. Tarde o temprano iba a suceder. Como estaban las cosas, ¿a quién se le ocurría encallarse en una tele y un equipo al mismo tiempo? Sacamos la antigua tele de Gloria del armario porque Enrique estaba acostumbrado a mirar la programación. Siempre el mismo canal, siempre la misma silla y, a su lado, la botella de cerveza. Nos retiramos a nuestros dormitorios. Lo dejamos solo sentado delante de la tele.

Todos escuchamos cuando Isabel le comentó a Gloria que Enrique había perdido un montón de dinero con esos aparatos. "Enrique siempre ha sido bastante huevón con la plata", le contestó Gloria. "Y además es mejor, porque en cualquier minuto podían haber entrado a la casa para robarse esas mierdas", agregó.

GABRIEL

GLORIA TENÍA RAZÓN. Era rigurosamente verídico lo de los robos. Proliferaban por todo el barrio. Ya habían entrado a robar a la casa del lado. Poco tiempo después robaron en la del frente. En la casa del lado se habían llevado la tele, el reloj despertador, unos casetes, las sábanas, dos trajes del marido. Un anillo y el abrigo de la señora, un montón de revistas que coleccionaba el hijo. La señora y el hijo, cuando encontraron la casa toda desordenada, se pusieron a llorar. El marido dijo que donde se topara con esos culiados los mataba. Que había que matar a todos los ladrones culiados, gritó. Fueron a estampar una denuncia. Volvieron furiosos. Nos contaron que a los policías les había importado una hueva el robo porque estaban mirando el partido de fútbol en la tele. Con un rencor inimaginable, nos dijeron que el teñiente se había enojado con ellos cuando reclamaron ante la demora en la atención. Dijeron, además, que prácticamente los habían empujado para que salieran de la comisaría. "Pacos conchas de su madre", dijo Enrique.

La señora, al día siguiente, quería que la ayudáramos a extender unos alambres de púas encima de la pandereta. Nos negamos. Nos disculpamos con una gran amabilidad y le aseguramos que teníamos que ir al súper. Fue una tremenda mentira. Pero es que estábamos cansados. Además los ladrones no habían ingresado a la casa por la pandereta sino que se habían introducido a través de la ventana de la cocina. La señora siempre dejaba abierta esa ventana para que saliera el olor a comida.

Respetábamos a los vecinos, a pesar que la señora vivía pendiente de nosotros. Reclamaba por la música, por las risas, por el llanto de la guagua, por el sitio donde dejábamos la

basura, por el barrido de la calle. Por los portazos que dábamos, por las peleas. "Me dan ganas de mandar a la chucha a esta vieja de mierda", decía Gloria ante los reclamos. Enrique se enojó con ella. Le dijo que no iba a tolerar que hablara así de la vecina. Que no era correcto. Pero Gabriel apoyó a Gloria. Aseguró que efectivamente la vecina era una vieja culiada. Añadió también que en todas partes estaba lleno de viejas culiadas. Que las veía a raudales en el súper. Que eran gritonas, dijo. Que se quejaban por todo. Que no daban propinas. Que eran desconfiadas. "Estas viejas culiadas son lo peor que hay", nos dijo.

Nosotros nos mantuvimos al margen de la discusión. No valía la pena argumentar con él, porque Gabriel se encontraba realmente fuera de sí. Gabriel se salía de sus casillas con facilidad. Muchas veces nos preguntamos qué iba a ser de él más adelante. Aún no cumplía 17 años y ya se había venido abajo. Nosotros sabíamos perfectamente por qué Gabriel era de esa manera. Conocíamos sus motivos. Pero de todos modos nos resultaba demasiado intransigente. A pesar de sus defectos, queríamos a Gabriel. Era servicial, veloz, se preocupaba de detalles y su mejor cualidad era la discreción. Guardaba todos nuestros secretos. Aunque, claro, no contaba con una gran inteligencia. La verdad es que carecía de cualquier atisbo de sutileza. Era inútil tratar de razonar con él porque pensaba que las cosas eran blancas o eran negras. No aceptaba términos medios. Enrique nos dijo en una ocasión que ya estaba harto del pendejo. Nosotros asentimos. Pero decidimos darle una última oportunidad. Algunas veces era muy difícil tolerarlo. Por impulsivo. Por impetuoso. Por tonto.

Pero el robo en la casa del frente ocasionó una verdadera catástrofe. Sacaron todos los electrodomésticos: desapareció el refrigerador, la lavadora, la juguera. Arrasaron con la tele, una encercadora vieja, la tostadora de pan, la radio, la plancha. La dueña de la casa del frente estaba desesperada. (Vivía sola, sola como un perro.) Nosotros no vimos ni escuchamos nada. Cu-

rioso. Pero supusimos que los ladrones ocuparon un camión o una camioneta o varios autos. En realidad esos robos eran pan de todos los días. Así le dijo la policía a la señora del frente: "Esto es pan de todos los días". La señora decidió cambiarse de casa de un momento a otro. Nos contaron que se fue a vivir con una hermana. También nos aseguraron que quedó cagada de susto. "¿Porque si yo hubiera estado adentro, qué me habrían hecho? ¿Ah? Me habrían matado, ¿no?", le comentó la señora a Isabel con una mirada extraña, insólita, atravesada por una sombra de satisfacción.

Gabriel se rio cuando se enteró de lo que le había ocurrido a la vecina. Le dio un ataque de risa cuando le enumeramos todo lo que le habían robado: la tele, el refrigerador... No pudimos terminar de contarle debido a la risa convulsiva que lo invadió. Nosotros no sabíamos qué hacer. Nos dio vergüenza la actitud de Gabriel. Nos causó risa su iniquidad.

SE LEVANTÓ A LAS CINCO DE LA MAÑANA

ENRIQUE NOS ANUNCIÓ que había que organizar nuevamente la casa. Debíamos restringir los gastos. Nos advirtió (parcamente) que tenía que volver a examinar la repartición de las piezas. Dijo que ya estaba bueno. Que estaba a punto de dejar la media cagada. Comentó (furioso) que había desaparecido su lápiz fosforescente. Que Isabel no podría encontrar la frazada de la guagua. Nos contó que cuando se levantó (Enrique se levantaba al alba) se había percatado que le faltaba la llave del agua caliente al lavamanos.

Nosotros comprendimos, de inmediato, que Enrique estaba alterado. Supimos que decía esas cosas porque ahora sólo iba a trabajar al súper cinco veces a la semana. Lo había dispuesto así el último supervisor de la bodega de fideos. Ese supervisor que nos destinaron desde otra sucursal. Lo trasladaron a nuestro súper porque era un fracasado que no era capaz de hacer bien ninguna cuenta. Enrique dijo que tenía ganas de sacarle la chucha. Que sentía el impulso de darle un rodillazo en los cocos. Que incluso había pensado matar al huevón. Ay, con lo trabajador y bien presentado que era Enrique y tan mala suerte que tenía.

Sí, Enrique era alto. Más alto que cualquiera de nosotros. Su piel era mucho más blanca. Tenía bonita risa. Se peinaba para atrás, se esparcía productos en el pelo. Los productos se los regalaba Isabel. Era muy cariñosa Isabel con nosotros. Siempre nos hacía regalos. Si no era una cosa, era otra. A Enrique lo que más le compraba eran artículos para su pelo. La última vez, le trajo espuma y vitaminas capilares. Es que Enrique mantenía su pelo muy ondulado y esponjoso. Todos pensábamos que valía la pena el gasto que hacía Isabel.

Pero Enrique era malagradecido con ella. Isabel tenía que suplicarle para que le cuidara la guagua. Sin embargo, Isabel era tan buena que siempre nos perdonaba todo. Todo. Cualquier cosa. Claro que Enrique tenía razón: la guagua no era problema de nosotros. Eso también lo dijo Gabriel: "Después nos encariñamos con la guagua y entonces la huevona se va y se la lleva". Además, dijo Gabriel, "no sé por qué siempre tengo que ser yo el que le mete la mamera en el hocico". Nos precipitamos y lo hicimos callar. No queríamos que Isabel oyera sus palabras. Isabel era muy sensible. Nosotros la conocíamos bien. Tanto la conocíamos que sabíamos en lo que ella pensaba. Pero no se lo íbamos a mencionar a nadie. Nunca. No íbamos a contar jamás lo que pensaba Isabel. Noche y día ella pensaba en lo mismo.

Nos quedamos en silencio esperando que Enrique nos dijera lo que tenía en mente. Estaba desencajado. Agotado. Cómo no, si se estaba dando vueltas por la casa desde las cinco de la mañana. Y allí estaba la mirada. Esa mirada que sabíamos hacia cuál tristeza lo arrastraba. La misma mirada que se desencadenaba en el trabajo cuando el supervisor lo mandaba a poner nuevamente los tallarines en el estante porque, según él, estaban en el lugar incorrecto.

Enrique pasaba la mañana entera trasladando los paquetes de tallarines de un lado para otro. El supervisor lo odiaba. De verdad que lo odiaba. Nosotros éramos testigos. "Es que le tiene envidia a Enrique porque el culiado es negro y chico. Un enano culiado y acomplejado", dijo Gloria.

No podíamos hacer nada al respecto. Ni siquiera Isabel logró ayudarlo a mejorar la situación ni un tantito. A pesar que Enrique había realizado estudios de computación en las noches. Pero no consiguió terminar. Resultaba demasiado pesado para él. Nosotros lo aconsejamos. Le dijimos que ya estaba bueno. Se lo mencionamos porque se había vuelto terriblemente irritable. A tal extremo que nos estaba haciendo la vida imposible. No le gustaba nada de nosotros. No se

sentía contento. Llegamos a pensar que nos había perdido el cariño. Desolados, creímos que ya estaba harta. De la casa. De todo.

Pero no era así. Después de abandonar los cursos volvió a ser el de siempre. Hasta ahora que se le ocurría el tema de la nueva organización. Nos causó curiosidad lo que nos iba a informar. Enrique tenía buenas ideas así es que nos sentamos ordenados y lo miramos fijamente aguardando que empezara a hablar. Esperábamos ansiosos que nos comunicara lo que tenía en mente. Contábamos con tiempo. Salvo Isabel y Gabriel, ya ninguno de nosotros asistíamos al súper todos los días. Seguían y seguían reclutando gente nueva para pagar menos. Incluso a Sonia, una de las cajeras, que antes trabajaba alrededor de doce horas seguidas, le habían metido dos compañeras en su turno. Sonia también tenía tiempo. Su sueldo era insuficiente. Vivía con nosotros. (No le alcanzaba.) (No le alcanzaba.) Pero ahora, fascinados y expectantes, veíamos con qué violencia gritaba Enrique. Ah, sí, Enrique nos gritaba mientras su rostro se empuerquecía consumido por una línea de inalterable desasosiego.

SONIA TENÍA LAS MANOS ROJAS

Nosotros queríamos a Sonia. La queríamos aunque ella nos había tratado con una excesiva frialdad (con una distancia inmerecida) antes de llegar a nuestra casa. En el súper estaba prácticamente encadenada a la máquina. Sus manos veloces contaban y contaban los inacabables billetes o bien ordenaban los cheques o certificaban las tarjetas o manejaban las monedas hasta que las manos se le ponían rojas. Feas. Como sangrientas. Se le inflamaban las manos por el roce constante con las monedas. Las manos le oían a billetes. Todo su cuerpo temblaba impregnado con el hedor que exudaban los billetes, las tarjetas, las monedas y los cheques. Pero era una excelente cajera. Tan rápida. Eficaz. Una verdadera artista con las cuentas. Tan responsable.

Sonia no era bonita. No se parecía a Isabel. No tenía su porte, su risa, el pelo, los dientes, la cintura, las piernas, la bondad de Isabel. Pero poseía otras cualidades. Miraba fijamente, desde una densidad visual única. Una mirada que parecía no tener fondo. Por eso exactamente, porque intimidaba con la mirada, todavía no la despedían. Poco a poco se estaban deshaciendo de la mayor parte de los antiguos. Pero, a pesar de nuestro cariño, no podíamos olvidar lo mal que trató al pendejo. Sí, por eso era Gabriel quien empaquetaba mientras Sonia iba marcando las mercaderías: las papas, los fideos, el aceite, el arroz, la leche, los condimentos, la mantequilla, los pasteles, la fruta o los desinfectantes.

Pero ella no le perdonaba el menor error a Gabriel: "Ten cuidado cabro culiado", le decía, "si te pillo robando, aunque sea una hoja de lechuga, te acuso al supervisor y te sacan cagando de aquí". Gabriel tenía una gran cualidad. Se deseri-

tendía de todo. Y de cualquiera. Además, Gabriel nunca sacaba nada de las bolsas. Al menos nada importante: "Sólo a estos culiados conchas de su madre. Total, estas mierdas ni se dan cuenta de lo que compran", decía. En realidad, Gabriel tenía razón. Incluso hasta Sonia se veía obligada a admitirlo. Nosotros conocíamos perfectamente la conducta de los clientes. Nosotros sabíamos cómo funcionaba el súper. Cómo operaba por dentro.

Eramos los últimos inciertos sobrevivientes. Los trabajados más antiguos del súper. Para nosotros era cada vez más complicado mantener el empleo. La pobre Sonia por ejemplo: "Ni mear puedo. Se me está haciendo mierda la vejiga. Viejo chucha de su madre que no me deja ir al baño". Pobrecita. Era cierto. Estaba enferma. Ni mear podía. Especialmente ella que trabajaba encadenada a la caja. Porque si pedíamos permiso para hacer un trámite, si salíamos a respirar al jardín, si nos apoyábamos en los estantes, si engullíamos un dulce, si nos sentábamos a cagar en el baño, si nos daba hambre y sacábamos un yogurt vencido de los refrigeradores, si nos faltaban las fuerzas, nos despedían en el acto. Así estaban las cosas.

Ni siquiera esperaban el fin de mes. En cualquier momento se dejaba caer un despido, dos despidos. En los diversos súper pasaba lo mismo. Era inútil el intento de solicitar un traslado a otra sucursal. Más nos valía quedarnos dónde estábamos. "Al menos conocemos bien a estos cabrones de mierda", dijo Enrique. Isabel opinó lo mismo. Era la única que trabajaba dos días en la sucursal más importante. Por ella nos enterábamos de todo lo que pasaba en la cadena de supermercados. En todas partes sucedían las mismas tropelías. Siempre idéntico procedimiento: "Te llama el supervisor, generalmente el más cagón", nos decía Isabel, "y te dice puras huevadas. Puras mentiras. Después te pide que devuelvas el guardapolvo o el delantal y te manda cagando a la calle".

Estábamos en la mira. Cercados. Ya nos habían bajado los sueldos. No contábamos con el menor beneficio. Por eso Sonia

se había venido a vivir con nosotros. De malas ganas. Pero, finalmente, se había percatado que estaba obligada a querernos. Nosotros se lo habíamos exigido. Necesitábamos una cantidad considerable de respeto y de cariño. Enrique lo expresó con toda claridad: "O si no a esta mierda la echamos a la calle. En pelotas. A poto pelado. Con una mano por delante y la otra por detrás". Lo dijo fríamente. De la misma manera en que ahora empezaba a entregarnos las nuevas instrucciones. Fríamente. Una tras otra.

LA MAQUINACIÓN DE GLORIA

"ME DAN GANAS de decirles que se metan la cagada de trabajo por la raja" —nos había dicho Gabriel mientras salíamos del súper. Nosotros movimos la cabeza, molestos. Pero interiormente sabíamos que tenía razón. Que cada uno de nosotros queríamos expresar lo mismo: "que se lo metieran por la raja". Pero no podíamos. No podíamos. Aunque nos habían quitado horas de trabajo, a pesar que nos habían bajado considerablemente los sueldos, más allá de un cúmulo de atropellos que teníamos que soportar, necesitábamos el salario para sobrevivir. Después de un tiempo que nos resultaba incommensurable, nos habíamos convertido en los más antiguos, en los únicos que pervivíamos.

Sí, nosotros éramos los que habíamos resistido y eso, de alguna manera, nos llenaba de orgullo. Nos aliviaba también. En el súper cambiaba y cambiaba el personal con una rapidez indescrptible. Filas de pendejos parados desde las cinco de la mañana. Macilentos a la entrada del súper, bien vestidos o mal vestidos, obsequiosos, zalameros o decididos a cualquier cosa para obtener nuestros puestos. Una cantidad enorme de pendejos que se desplazaban desde distintos puntos de la ciudad con el aviso del periódico en la mano, listos para despojarnos. Pendejos con estudios, desesperados por un trabajo, inmóviles en la fila con sus caras de imbéciles.

Pero todavía continuábamos nosotros, acechantes, contentando la respiración, espiondo la inminencia del nombre que se iba a incorporar a las listas. Ordenando los productos con una radicalidad mecánica, empaquetando a una velocidad admirable y sobrehumana, siempre atentos al más mínimo movimiento. Despiertos, concentrados, observando con una

precisión microscópica cada una de las actitudes de los supervisores. Sonriendo a los supervisores o riéndonos a carcajadas con sus ocurrencias o lamentando sus desgracias o alejándonos cuando nos convenía o cualquier cosa que se presentara, lo que fuese necesario con los supervisores. Por eso ya éramos más antiguos que cualquiera de los supervisores.

Y Gloria nos apoyaba desde la casa. Gloria pensaba por nosotros. Analizaba a los supervisores. Nos aconsejaba cuando llegábamos cansados. Sí. Externuados por la monotonía rígida de los estantes, por la profusión serial de los clientes. Cansados de cargar las mercaderías (pesadas, pesadas) de un lado para otro, de contar billetes y billetes y billetes, de certificar tarjetas, de dar cambio. Moneda, tras moneda, tras moneda, filosas, metálicas, irregulares. Transidos y hartos de almacenar verdura, de intentar aminorar el desgaste de la fruta podrida, de cortar carne, de moler, destazar, despostar. Asqueados de trozar pollos añejos. De deshuesarlos. De olerlos. Malheridos por los pescados y los vahos rotundos de los mariscos. Agotados y vencidos por la identificación prendida en el delantal. Ofendidos por el oprobio de exhibir nuestros nombres. Fatigados por el trabajo de mantener intactas nuestras sonrisas en los pasillos. Desplomados y humillados porque nadie se dirigía a nosotros como correspondía. Desolados ante la reiteración de preguntas idiotas, acostumbrados penosamente a que nos gritaran, que nos obligaran a disfrazarnos. Que nos vieran de viejos pascueros en Navidad, de osos, de gorilas, de plantas, de loros, de pájaros locos los domingos. Que nos impusieran el deber de bailar cueca el 18, de bailar jota el 12 de octubre, que amenazaran con denunciarnos, que nos recortaran el sueldo, que nos llamaran a gritos por los altoparlantes, que nos ocuparan para cualquier trabajo sucio con los productos. Sí, pero afortunadamente estaba Gloria. Ella nos esperaba y nos apaciguaba con sus agudos comentarios cuando ingresábamos a la casa demolidos por la fuerza del día.

Gloria llevaba la cuenta de los supervisores. Nosotros le

presentábamos una descripción somera de cada uno de ellos y ella adivinaba de inmediato cuál era el más peligroso. "Tengan cuidado, ese huevón sí que es maricón", nos decía. Gloria era inteligente, contaba con una gran inteligencia doméstica. Le gustaba la casa. Para ella permanecer en la casa era infinitamente mejor que trabajar en el súper. Parecía feliz de aguardarnos, de escuchar lo que teníamos que contarle, de planificar los siguientes movimientos con nosotros. Pero, claro, ella no se exponía. Eso fue lo que nos dijo Isabel. Lo dijo Enrique, lo dijo Sonia con bastante inquina. Lo dijimos cada uno de nosotros.

Lo aseguramos, especialmente, cuando nos enteramos por Andrés que Gloria estaba tratando de dividirnos. (Él siempre estaba metido en la pieza de Gloria.) Nos contó que ella le había aconsejado emprender una maquinación en contra de nosotros. Nos dijo que Gloria intentaba corromper a Andrés. Se había aprovechado de su calentura. Nos informamos con pena, ira y espanto de su increíble acción. Esa misma noche decidimos tomar algunas medidas. Una noche muy anterior a la furia de Enrique. Una noche en que todavía Enrique no nos había obligado a emprender el último y desesperado intento de organización.

SONIA LLORÓ EN EL BAÑO

ANDRÉS ESTABA encargado de atender el mesón de informaciones y custodias en el súper. Era un ser bastante silencioso. También tranquilo, neuro, inexpressivo. Insignificante. Lo queríamos mucho por su bajo perfil, por ser tan poca cosa. Siempre estaba de acuerdo en todo con nosotros. Trabajaba bien. Atendía con esmero a la gente. Nos ayudaba a controlar a los supervisores. Se enteraba de cosas importantes porque nadie se daba cuenta que él estaba ahí, escuchando con su atención desenfrenada. Parecía perfectamente entrenado para esa función. Preparado para acumular y entregarnos datos. En sus ratos libres se desplazaba sigilosamente por el súper, pegado a los estantes (tenía una facilidad mágica para hacerse uno y mimetizarse con los metales) o se ubicaba detrás de las cajas o en uno de los intersticios de las oficinas dispuesto a capturar el número, las razones, la nómina, los posibles despidos que se iban a producir en el curso de la semana.

Andrés era muy abnegado. Nos quería tanto. Nos trataba con una consideración extraordinaria. Pero demostraba una especial preferencia por Enrique. Lo admiraba. Deseaba ser como Enrique. Pero su anhelo era imposible, imposible. Porque Enrique era alto, más blanco, más entero, más visible, más persona. Nosotros ya le habíamos encomendado a Gabriel que vigilara a Andrés. Le pedimos que observara, con un rigor científico, el curso de su comportamiento. Lo decidimos porque Gabriel estaba lleno de dudas. Así era. Nos insistió hasta la extenuación: "Este culiado del Andrés tiene algo raro. No sé qué de este culiado me atraviesa las bolas", nos decía.

Isabel no estaba de acuerdo. Ella quería a Andrés (Isabel era tan buena que nos quería a todos de la misma manera y con

igual intensidad). Decía que Andrés era una persona excelente, que le gustaba cómo trabajaba, que admiraba su débil sonrisa y la delicadeza con que guardaba los paquetes que le encargaban. Y el odio feroz que les tenía a los supervisores. Era rigurosamente verídico. Andrés se había constituido en una pieza fundamental para nosotros. Incluso le debíamos gran parte de nuestra supervivencia porque él nos llenaba de advertencias, de señales, de gestos, de datos, de antecedentes, de informes que permitían que no integráramos la última lista. Eran advertencias, señales, datos y antecedentes invaluables, gracias a los que todavía conservábamos los sueldos dementes que nos pagaban. Sí, debido a sus informes, susurros, carreras sorprendidas, contábamos con los cada vez más malos billetes que nos servían para vivir amontonados, más apretados porque Andrés tenía la manía de conservar envases, cajas, papeles, productos fallados que se traía del súper. Y, después, en las noches, los amontonaba en los pasillos o los apoyaba en las ventanas o los extendía en el suelo como si buscara que la casa misma se convirtiera en un súper de mala muerte. Hasta que Enrique se lo dijo: "¿Te volviste loco, huevón?, ¿hasta cuándo llenai de cachureos la casa, culiado?"

Andrés se entristeció bastante. Permaneció cabizbajo. Pero, a partir de ese momento, mantuvo una conducta cautelosa. Nos respetó mucho más. Respetó la casa. Volvió la calma, el cariño. Hasta que sucedió la infamia de Gloria. Porque antes las cosas funcionaban muy bien entre nosotros, muy armónicas. Cada cual a lo suyo, cada uno ensimismado en sus funciones. Pero lo que hizo Gloria excedió todo lo imaginado, nos cortó la respiración. Nos introdujo, de lleno, en el centro de un horror que carecía de bordes.

Andrés se lo contó a Enrique. En la mañana, temprano. Se lo confió bajo estricto secreto. Le dijo que Gloria le había propuesto cagarnos para que nos echaran de una vez por todas del súper. Le confesó que Gloria le había pedido que él hiciera lo que fuera necesario para que entráramos a las listas. Que no nos advirtiera ni una palabra. Que se quedara callado. Y le dijo,

también, que después ellos iban a seleccionar los nuevos trabajadores que iban a ocupar la casa. Ella y Andrés. Solos los dos. Andrés remarco que Gloria no tenía un ápice de piedad en el tono de su voz. Ni una gota de cariño. Enrique, al principio, estaba apesadumbrado. Después se enojó. Pensó todo el día en el asunto. Trató de disimular ante nosotros, pero todos nos dimos cuenta que Andrés le había contado algo terrible a Enrique.

Claro que nos imaginamos que era un tema relacionado con las nóminas. Supusimos que Andrés sabía que uno de nosotros iba a ser despedido. Sonia pensó que era ella, que a ella la iban a liquidar. Se fue a llorar al baño. Tenía los ojos hinchados. Hinchados y rojos cuando volvió y se sentó delante de la caja. El supervisor la anotó en su libreta cuando se percató de los llantos. Sí, porque el supervisor supuso que Sonia estaba embrazada. Tenían un sistema especial para detectar los embrazos. Sonia padeció a lo largo de toda la jornada. Parecía medio ausente, retrada, sin la menor alegría de vivir.

Cuando llegamos a la casa, después de un día que nos resultó espantosamente agobiante, Enrique dijo que esperaríamos. Isabel no alcanzó ni siquiera a observar a la guagua que dormía en la pieza. Enrique, más severo que nunca, nos habló. Mientras nos detallaba lo ocurrido, permanecimos mudos, estremecidos de compasión por nosotros mismos. Enrique llamó a Gloria y, sin decirle una palabra, le mandó de inmediato un tremendo puñete en la cara. "En el hocico de mierda que ni siquiera se le hinchó como se lo merecía", comentó Sonia. "La hija de puta, la culiada, la maricona", dijo Isabel.

Pero Gabriel pensó otra cosa: "Este huevón del Andrés es tan mierda, tan nada que es capaz de inventar cualquier cosa para llamar la atención. Lo que pasa es que la Gloria lo echó de la pieza. No quiere nada con esta mierda porque lo único que sabe es correrse la paja", nos dijo.

Esa noche, las palabras de Gabriel sembraron entre nosotros una incertidumbre atroz. Sus presunciones introdujeron la sombra de una peligrosa desconfianza.

ISABEL TENÍA QUE PINTARSE LOS LABIOS

GLORIA PERMANECIÓ con nosotros. Conseguimos olvidar el episodio —la traición inmerecida— gracias a una sostenida y perturbadora cuota de fortaleza. Nosotros la perdonamos. La perdonamos de todo corazón. La disculpamos porque la queríamos tanto. Seguramente se encontraba demasiado cansada. Es que se esforzaba en demasía. Lo sucedido se lo adjudicamos a su extenuación por el quehacer de la casa. A su búsqueda infatigable de ofertas. Al agotamiento ante la incertidumbre por la que atravesábamos. Además, ella negó todo. Nos dijo que jamás podría haber planeado una cosa así. Una maniobra tan inescrupulosa. "Fue una calumnia de este chucha de su madre, de este enfermo de la cabeza", nos dijo. Andrés se transformó en una sombra. Se reclinó en un silencio riguroso. Enrique decidió poner punto final al tema. "Hay que cortar ahora mismo este hueveo", ordenó.

La lamentable situación por la que atravesaba Isabel aminó el impacto. Ahora promovía sólo dos productos. Había perdido un tercio del sueldo. Estaba más flaca, macilenta. Pero aún bonita. (Menos bonita, menos, menos, nos dijo Gabriel.) Resultaba evidente cómo y en cuánto decaía su poder con los supervisores. "Estas mierdas nuevas que están tomando vienen dispuestas a cualquier cosa. Son más lameculos que cualquier lameculos que una se pueda imaginar", nos dijo ella. Se encerró en la pieza con la guagua. Dejó que la guagua llorara. Nosotros quisimos consolarla. Era nuestro deber. Pero también debíamos atender a la trágica situación de Sonia. La pobre (pobrecita) Sonia que de un instante a otro la habían empujado a trabajar atrás. Sí, la habían destinado a la carnicería del súper.

"Y si no estai de acuerdo, te vai, porque estoy hasta las huevas con los altos de solicitudes", le ordenó el supervisor. "El más chucha de su madre de todos", opinó Gloria. De manera absolutamente despiadada habían obligado a Sonia a abandonar la caja. Ahora estaba aprendiendo a ser carnicera. A destruir pollos, a partirlos con la pequeña hacha, (rápido, rápido), a introducirlos en los paquetes o a entregárselos con su impersonal profesionalismo a los clientes o a distribuirlos en los refrigeradores. Tenía que velar para que los pollos, alineados bajo una luz mentirosa y abiertamente manipulada, brillaran con un frescor malsano. Ay, a Sonia la habían destinado a la carnicería para trozar los pollos. Ahora una de los nuestros formaba parte de la sección infame.

Pero Sonia trozaba con una velocidad que nos dejaba estupefactos. Una velocidad absorta que la ubicaba a una distancia geométrica de los pollos, de los supervisores, de los clientes, de los refrigeradores, de la luz, del hacha y de los carniceros que a su lado despostaban los animales entre unas carcajadas en eco que conseguían agotarnos. Unas risas que iba aspirando Sonia, impasible, inclinada laboriosamente sobre los pollos para encontrar la articulación exacta en ese débil hueso que se renidia al hacha y a su mirada meticulosa. La mirada de una Sonia impregnada enteramente de un olor que teníamos que evitar a toda costa porque nos envilecía y nos asustaba. Un hedor que nos indicaba que tal vez nos quedaba tan poco tiempo y que, aún así, contra el tiempo, intervenidos por un tiempo punzante e intransigente, teníamos que sobrevivir porque éramos los más antiguos. Los únicos en toda la larga y ancha cadena de supermercados que nos manteníamos en un equilibrio íntimo y voraz en nuestros feroces puestos de trabajo.

Allí se cursaba el espectáculo de las pirámides de pollos que Sonia, día a día, trozaba de manera cada vez más mecánica, más precisa y más bella. Unos cortes perfectos. Maniáticos. Ensimismada ella, ajena a nosotros, a nuestro intenso cariño, a toda nuestra perplejidad por su talento. Ausente de Gabriel que

se había quedado sólo, adelante. El (pobre) Gabriel entregado al ceño fruncido e inexperto de las nuevas cajeras. Pobrecito Gabriel, empaquetando sabiamente los pollos que atrás trozaba Sonia, mientras adivinaba que cada corte era producto de un esfuerzo detallista y solitario. El impecable trazado de su corte mantenía a Sonia atrás. Y nosotros bajábamos la cabeza cuando ella entraba en las noches a la casa. La inclinábamos porque nos derrumbaba su llegada. Ese momento preciso en que la carnicería se nos venía encima con su olor indesmentible, el olor repulsivo que emanaba de Sonia, la trozadora de pollos, quien nos traía su cansancio como un trofeo que no conseguíamos aceptar. Ni podíamos permitir tampoco ese malhumor de la llegada: "Culizados, chuchas de su madre, maracos", musitaba. Lo decía casi como si se dispusiera a ofendernos. Pero eran los supervisores. De ellos hablaba en sus susurros.

Isabel más fea, moviéndose penosamente entre los llantos de la guagua. Se dejaba estar Isabel. Todo el tiempo despeinada, vestida con una bata ordinaria, sin sus aritos, desprendida de sus pulseras, ojerosa, con unos pelos horribles en las axilas. Sin entender que si no engordaba rápido, si no sonreía, si no se bañaba, si no se ponía esas medias tan bonitas que tenía y que nos gustaban tanto, si no se pintaba el hocico de mierda nos íbamos a ir definitivamente a la chucha como le dijo con elegante serenidad Enrique.

GABRIEL Y LAS CAJERAS

Y ASÍ, PUES, a Enrique lo destinaron a la sección de licores y refrescos. Nosotros ya estábamos enterados. Incluso sabíamos la hora exacta en que se iba a producir el traslado. Pudimos anticipar que, desde ese instante, Enrique se iba a abocar a desentrañar ese complicado y titilante pasillo. Pobre Enrique, obligado a desplazarse entre una multitud de botellas. (Pobrecito.) Nos parecía tan complicada la responsabilidad que, por una injusta arbitrariedad, debía asumir. Su ocupación consistía en llevar las botellas desde las bodegas hasta los estantes para ordenar, con una exactitud deliberadamente exhibicionista, las cervezas, el vino tinto, el vino blanco, los licores importados, los nacionales. Debía deslizarse, a lo largo de su pasillo, con una extrema pulcritud, para que no se le cayeran de las manos y se produjera una hecatombe con los vidrios. Tenía que concentrarse para que las botellas permanecieran firmes en los estantes y no chocaran entre ellas.

Todo su esfuerzo estaba destinado a que luciera el prestigio de los licores y resaltara el relámpago artificial de los líquidos. Nosotros implorábamos para que no se le confundieran las marcas, los portes, los tipos, las clases, los precios. Rogábamos para que las botellas se destacaran y resplandecieran como Enrique quería. Y (suplicábamos también) para que no se equivocara cuando debía acumular, como si fueran esculturas, los altos de Cocas, las montañas de Pepsis.

Pero él realizaba su trabajo con un rigor y una disciplina que ya se habían vuelto impenetrables. Gabriel lo ayudaba cuando podía. Sin embargo, eran escasas sus posibilidades de acceder a la sección de licores y refrescos porque las cajeras estaban crecientemente inquietas por todo. Nerviosas por lo

que hacían, por lo que dejaban de hacer: "El genio de mierda que tienen estas maracas. Parece que el mes entero anduvieron con la regla", decía Gabriel que no terminaba de aprender a controlarse ni sabía cerrar la boca. Que parecía no entender que jamás, en ningún instante de su permanencia en el súper, debía mirar a nadie a los ojos.

Así era Gabriel. Se sostenía en el trabajo por su habilidad desmesurada con los paquetes. Depositaba la fruta en las bolsas de una manera verdaderamente científica: los plátanos, las naranjas, las manzanas, las peras, las sandías, las frutillas, los melones, las chirimoyas, los pepinos, los caquis. Después, cuando la fruta quedaba enteramente adaptada en el interior de la bolsa, se dedicaba frenético a la carne. Lograba armonizar la posta, el chocillo, el asado de tira, el filete, el asiento de picana, la carne molida, el tapapecho, el lomo vetado, el lomo liso, los riñones, las panitas. Con una habilidad cercana a la magia, convertía a esa carne sanguinolenta en un espectáculo. Y, con una concentración admirable, se volcaba a los tallarines, el arroz, los porotos, las lentejas, las salsas de tomates. Sus manos trazaban una suerte de malabarismo que deshacía la catástrofe que portaban los productos. Su manera de empaquetar causaba conmoción en los clientes del súper. Su don, como decían las cajeras.

De esa manera conseguía el dinero que necesitaba. El súper no le otorgaba sueldo. Su pago consistía en obtener la autorización para envolver. Por eso él trabajaba de esa manera tan deslumbradora. Como un artista popular, como un tragafuego, como un músico, como un malabarista, como un payaso, para conseguir, al final, después de toneladas de paquetes, una propina que inevitablemente le resultaba insignificante, despreciable. Eso nos molestaba. Su tontera. Nos perturbaba esa especie de arrogancia vacía que lo rondaba, un halo interminable de ceguera, como dijo Enrique, como corroboró Gloria cuando afirmó que Gabriel era el que contaba con más posibilidades de todos nosotros, pero que no le servían de nada por-

que era un amargado, un total insatisfecho "y mal hablado el concha de su madre", añadió.

Gabriel prácticamente carecía de tiempo para ayudar a Enrique con las botellas. Estaba atrapado en su programa perpetuo y circular, se encontraba atado al mesón como un animal de feria porque su acto insoslayable era celebrado de manera casual por los clientes y esa atención pasajera, animaba a las cajeras. A las tres cajeras que atendían el lugar donde envolvía Gabriel. Las cajeras nuevas (las cambiaban, las despedían, las acosaban) lo necesitaban permanentemente en el mesón para atraer a los clientes y así satisfacer el ceño del supervisor que se paseaba y se paseaba ante las máquinas, vigilando a las cajeras y, especialmente, a Gabriel. Lo rondaba de manera inquisitiva, como esperando un desliz, aguardando que Gabriel rompiera una bolsa, reventara la fruta, exprimiera la sangre de la carne. Sí, el supervisor deseaba que por fin se desplomara la integridad de Gabriel y le dijera a cada uno de ellos lo que pensaba, lo que estaba tan escrito en su mirada frontal, lo que tenía en la punta de la lengua. Aquello que los supervisores sabían que podía expresar en cualquier instante con una ansiedad desesperante, que dijera, para despedirlo de una vez y así expulsar su mirada lúcida que ensombrecía la transparencia voraz del súper. Una mirada ya larga que envolvía los estantes, la disposición de los precios, la alegría artificial distribuida en leyendas optimistas a lo largo de los pasillos, el incesante incremento y proliferación de los productos.

Que dijera, que dijera lo que las cajeras, los empaquetadores, los carniceros, los cargadores, los vigilantes, los supervisores y los clientes adivinaban. Que Gabriel abriera su boca sucia, contaminada y desobedeciera a Isabel, que se insubordinara frente a los mandatos de Enrique: "Mantén el hocico cerrado ¿entendís culiado?". Y Gabriel no lo hiciera. Y, por fin, abriera su hocico y mirara a cada uno de los supervisores a los ojos para lanzar al aire ese mordisco suyo cruel y destructivo.

TENÍAMOS QUE DESPERTAR A ISABEL

PERO ISABEL no remontaba. "Si sigue así, se va a ir la chucha", dijo Gloria. Vivíamos permanentemente preocupados por ella. No sabíamos qué hacer, de qué manera animarla. Se estaba quedando atrás con sus productos. Resultaba demasiado peligroso lo que le sucedía. Su actitud nos mantenía desesperanzados y heridos. Pensábamos que Isabel nos había dejado de querer. La verdad es que sentíamos que ya no nos tenía cariño ni respeto. Empezaba a abandonarse de una manera insoportable; su pelo, su cara, su ropa parecían no tener dueño, no pertenecerle ni siquiera a ella misma. Intentamos comprender lo que experimentaba; fuimos amables, extremadamente considerados con cada una de sus nuevas y desagradables costumbres. Aceptamos su manera egoísta de ocupar la casa como si nosotros fuésemos cualquier cosa. No saludaba, no se bañaba, ni siquiera se lavaba los dientes. Se ponía todos los días el mismo vestido hasta que paulatinamente se iba llenando de manchas e imprugnaba la casa de un olor a sudor ácido que no nos dejaba dormir en las noches.

Se nos iba muy, pero muy para abajo. "No sé qué le pasa a esta huevona", dijo Sonia, "parece que lo único que busca es que nos caguen. Ni siquiera se preocupa de calentar a los viejos culiados". Sonia tenía razón. Y Enrique también empezaba a evidenciar una inclinación adversa hacia ella que inevitablemente terminaría por perjudicarla. Una mala disposición que estaba incrustada en la mirada penetrante que le lanzaba, en esa rabia temblorosa y oscilante que nos sumía en un irrimible sobresalto. Porque a nosotros nos alteraba esa mirada de Enrique que presagiaba el advenimiento de un riesgo desconocido.

Isabel estaba cansada. Su porte había cambiado, se empezaba a inclinar, a curvar por una mala maniobra de sus rodillas huesudas y punzantes y su rostro también huesudo (más y más) se iba transformando en una afilada cara de pájaro e iba adquiriendo esa expresión indeterminada que trasladaba un tipo de ausencia que no podíamos soportar. Necesitábamos de su cariño y de su cara antigua, sus piernas, sus brazos y su porte, (necesitábamos) a la que antes nos miraba con un afecto que nos resultaba suficiente y apaciguador. Y también necesitábamos con una urgencia impostergable que se levantara más temprano, que sonriera, que caminara como la gente, que se lavara el culo, que limpiara y planchara su vestido para recorrer el súper, bien presentada, como les gustaba a los supervisores más viejos e indecentes, a los guardias y a los que controlaban las cámaras de video. Especialmente a los vigilantes de las cámaras, porque Andrés había escuchado lo que decían; ese comentario tan descalificador e hiriente en la sala de los monitores: "Esa huevona ya no calienta a nadie".

Andrés se lo contó a Enrique. Se lo comunicó de manera sigilosa en un borde del pasillo, casi fundido a las botellas. Afuera, arrecriaban las filas de candidatos a los trabajos por horas. Mujeres con guaguas o mujeres bonitas o feas o pasables o gordas o irritadas compartían la fila con jóvenes de corbata o con viejos o lisiados o enfermos, agotados todos después de un viaje previsible y obligatorio, esperando entrar al súper y sobrevivir a los últimos males. Pero Isabel parecía no tener la menor conciencia. Nuestra Isabel que no conseguía despertar del sueño lúgubre que la adelgazaba y la afeaba día a día. Pobrecita. Hasta que Enrique se vio obligado a intervenir. Tuvimos que hacerlo. No nos quedó más remedio.

Fue verdaderamente desconsolador. Conminamos a Enrique para que actuara con una energía definitiva. (La habíamos soportado en silencio demasiado tiempo.) Asintió. (Se veía meditando, hosco.) Es que nos resultaba urgente que Isabel volviera sobre sus pasos. Salimos y los dejamos solos. Nos lle-

vamos a la guagua para facilitar la reunión. Nos fuimos a la calle con la certeza que Enrique iba a corregir la insurrección de Isabel. Precisamente por lo acertado de sus decisiones lo habíamos escogido como director de la casa, como representante, como café, como vocero, como verdugo, como encargado, como soplón, como jefe de cuadrilla. Debía conseguir que Isabel reaccionara rápido, antes que fuera demasiado tarde. Enrique tenía la obligación de responder a nuestro pedido. Su prestigio y su jerarquía dependían de su gestión. Si Enrique no era capaz de controlar a Isabel se vería enfrentado a grandes dificultades. Y él lo entendía. En ese momento nosotros ya éramos implacables. No podíamos hacer otra cosa. Ella tenía que reaccionar esa misma tarde. Regresamos ordenados, entregados a un borde de esperanza, pero aún inseguros, inciertos. Allí estaban. "Todavía parece que no entiende bien esta concha de su madre", nos dijo Enrique. "Te entendió. Ya te entendió", dijo Gloria. Le creímos a Gloria.

Isabel, ovillada, permaneció silenciosa.

GABRIEL ESTÁ VIVO

GABRIEL NOS INFORMÓ que Andrés y Pedro tomaban vino como carreteneros. Nos contó que en las noches se reían y tomaban y se reían y después se iban juntos ("ya están borrachos estos maricones culiados") a la pieza de Gloria. Nos dijo que Gloria los mandaba a la recontra chucha y trancaba la puerta con una silla. Sabíamos que Pedro tomaba como malo de la cabeza. Y eso podía perjudicarnos. Ya las filas a las puertas del súper se habían convertido en una situación abiertamente definitiva. Hileras de mujeres o de hombres (ahora para controlar el proceso los clasificaban por sexo, por peso, por porte, por salud, por edad, por oficio) parados en medio de un frío inacabable. Una helada que blanqueaba el entorno hasta la confusión. Pero allí estaban, alineados, buscando trabajo por horas, sin anteponer ni las más elementales condiciones. Cada vez más larga la fila de seres albos, que permanecían a la espera del brutal llamado del supervisor, conservando un orden imprensible. Y entre nosotros, más huraña Sonia, la trozadora de borracheras ni el aterrador espectáculo de las filas. Gabriel, mucho más que iracundo, ensayaba, en las noches, múltiples maneras de envolver. Desplegaba una capacidad manual que nos maravillaba cuando lo observábamos en su aborto empeño por consolidar sus paquetes imaginarios. Unos envoltorios con los que buscaba incrementar su precisión en el súper. Sus manos lo conducían hasta una delicadeza difícil de concebir. Pero su cara, su expresión, la comisura de su boca denunciaban esa parte de su carácter que odiábamos y que nos mantenía en estado de alerta, pues por ese hilo casi invisible de saliva depositado en su torcida comisura, se deslizaba un sentimien-

to fóbico a las colas, a los supervisores, a las borracheras, a los uniformes y a las casetas de los guardias. Fóbico a los clientes, a los paquetes. Fóbico a sí mismo. Por eso cuando Gabriel nos dijo: "estos culiados empiezan a tomar como carretoneros en cuanto oscurece", se lo comunicamos de inmediato a Enrique para que él decidiera y pudiera encontrar una solución definitiva.

Pedro trabajaba como guardia en el súper. Vigilaba los robos que se sucedían a cada instante. Porque segundo a segundo una mano rapaz escondía un chocolate o birlaba un plato o un paquete de pollo o un cosmético o un cuchillo. "Cualquier cosa del súper, incluso la más imbécil, la más mierda de todas la sacan estos chuchas de su madre", nos decía Pedro destilando una amargura inamovible. Junto a sus compañeros no daba abasto para vigilar a los clientes que se escabullían del seguimiento de las cámaras. Hasta el súper llegaba una horda creciente que aprendía, con una inteligencia sutil, nuevas técnicas para robar lo que parecía imposible. Pedro era quien más capturas conseguía: era un cazador brillante, un experto en pistas, en rostros, en modales, en gestos, en intenciones, en formas. No había nada que se escapara a su visión. Por eso era el último de los guardias que pervivía de los viejos equipos. Sí. Él formaba parte de los nuestros. Era uno de los antiguos.

Lo respetábamos y lo queríamos por sus agudas capacidades. Porque no había nada que lo hiciera desistir. Implacable, no lo conmovían ni los llantos ni las amenazas ni los ruegos ni la fragilidad de los niños o la abyección de las embarazadas. Su paso sigiloso y animalizado por los bordes de los pasillos, conseguía sorprender a los falsos clientes que lo miraban con un brillo pánico en los ojos, mientras los cuerpos se estremecían por un temblor súbito cuando entendían que Pedro los había sorprendido y que ya no contaban con la menor escapatoria. Entonces, el rostro de Pedro gozaba, gozaba, gozaba con la mueca que tan profundamente le conocíamos. Esa mueca que nos impresionaba por su sabiduría enfermizamente oscura. Sí, porque en su cara estaba escrito un placer fanático y vertiginoso.

so, una urgencia por halagar al público afiebrado ante la captura (los supervisores, nosotros mismos, los nuevos, los aspirantes, el círculo completo) un público exigente y fervoroso que se complacía en redoblar los insultos ante el triste intento de fuga del debilitado adolescente. Y después Pedro, con ademanes teatrales, desplegaba un examen deliberado a la mercadería. Un chequeo realizado especialmente para satisfacer la curiosidad malsana del público ante el chocolate chupado o la galleta mordida o el objeto oculto entre la ropa que Pedro había recuperado, a empellones, para exhibirlo a la concurrencia como parte de un trofeo que lo enaltecía.

Y en ese escenario se desencadenaba el minuto feliz (siempre cuando estaba a punto de precipitarse la oscuridad). Una ceremonia que le pertenecía al mismo Pedro porque se trataba de su minuto feliz, su consagración absoluta. Él se encargaba de dirigir el remate de los productos a medio comer que se habían acumulado a lo largo de la jornada. Recibía las ofertas con un entusiasmo histérico, una algarabía secundada por Isabel que lo apoyaba con su sonrisa nueva, limpia, ligeramente desfasada de la expresión de sus ojos, pero que funcionaba como un valor adicional del remate. Porque también Isabel remataba su sonrisa y Pedro remataba sus gritos destemplados, dolorosos, angustiados, salvajes. Esos alaridos insoportables que llenaban de júbilo a los compradores que se precipitaban, se empujaban, atropellando a los niños y a los viejos, mientras Pedro seguía gritando, aullando el precio ascendente de la galleta o el valor del chocolate mordido. "Del chocolate culiado que estos chuchas de su madre sólo pueden comer si está baboseado", decía Gabriel ostentando una palpitación desagradable y visible en el ojo derecho. Una palpitación que enfurecía a Enrique, a Sonia, a Gloria, a Andrés, a todos nosotros. Nos enfurecía y nos degradaba. Salvo a Isabel que amaba de manera inexplicable esa horrible palpitación y la estimulaba con un tono delicadamente enfático: "Es que el ojo le late a este concha de su madre porque todavía está vivo, respirando".

EL ASCO Y LA NÁUSEA

SIN EMBARGO, debíamos aceptar (sumidos en un inquietante dolor mezclado con intermitentes sensaciones de perplejidad) que Pedro era un borracho. Parecíamos condenados a presentir cómo arrastraba a Andrés en sus malos hábitos. Lo arrastraba y abusaba de su insignificancia. Sí. Lo dominaba para destacar así la levedad que recorría a Andrés. Ese era su procedimiento: disminuirlo hasta el paroxismo y, de esa manera, garantizar una tenue y cómoda compañía. Andrés realizaba todo lo que Pedro le ordenaba. Sin rabia (sin el menor atisbo de rencor). Sin rencor y sin rabia, Andrés, tomaba vino con desenfreno mientras emitía señales cada vez más evidentes de una creciente y considerable repugnancia.

Tomaban vino tinto o vino blanco. Con su actitud devastadora nos demostraban una indecorosa falta de cariño. Una imperdonable ausencia de respeto hacia nosotros. "Estos maricones desconsiderados, culiados de mierda, dejan todo el piso manchado con el vino tinto estos curados chuchas de su madre, maricones recontraculiados", murmuraba Gloria casi desplomada por el cansancio de los últimos días.

Casi desplomada por el cansancio. Pobrecita Gloria. Atrapada en el rigor de la casa o corriendo detrás de las ofertas, infatigable detrás de las ofertas, con la lengua afuera detrás de las ofertas. Pálida, provista de unos gestos que nos parecían insostenibles y terminaban por hacernos la vida imposible. Nos amargaban esos rictus que la deformaban por la avidez ante la irrupción de las ofertas a un precio irrisorio que nos iban a permitir paladear un ligero sabor decente en nuestras comidas. "Esta concha de su madre cocina puras huevadas sin gusto a nada. Hasta cuándo vamos a soportar que nos dé esta

cagada de comida", decía Gabriel con ese tono realmente agresivo que nos avergonzaba porque Gloria, claro, estaba allí, allí mismo, encima de sus palabras y lo escuchaba, pálida, agotada, con un destello de ira en la mirada. El brillo de una furia tan consistente que la obligaba a bajar la cabeza para no responder. Para no contestar con insolencia. Pero Gabriel tenía razón. La comida de Gloria realmente era una mierda. "Porque esta maricona es floja la culiada. Flojea de lo lindo mientras nosotros nos sacamos la chucha y, después, nos da estas mierdas que me dejan la guata vacía o me enferman del hígado, de la vesícula, de todo el estómago. Sí. Me hincho tanto que parece que me voy a reventar, a reventar y por eso me paso la noche entera cagando en el baño, sentada, ovillada, doblada, soportando los embates de un increíble dolor por culpa de la flojera de esta culiada irresponsable", decía Sonia, la trozadora de pollos.

Era verdad. Rigurosamente cierto. Sonia, la trozadora de pollos, se pasaba cagando en las noches y todos dormíamos mal por los ruidos y por los quejidos que le provocaban los dolores. "La huevona me echa la culpa a mí y en realidad está enferma o capaz que se haga la víctima. Cualquier cosa se puede esperar de esta chucha de su madre", nos dijo Gloria una mañana. "Si sigue así hay que sacarla. La casa está fétida, hedionda a mierda por todos lados. En todas partes la mierda y la culpa es de la maricona culiada que no se cuida", añadió, sabiendo el efecto que iba a provocar en nosotros, especialmente en Enrique porque Isabel (que era tan buena) nunca reclamaba por nada (ni por la caca, ni por la comida ni por el espantoso olor a vino que se incrustaba entre las murallas). Pero Gloria tenía razón. Sonia tenía que hacer algo: ir al médico, aguantarse o mejorarse o acudir a algún medicamento o dejar la casa para siempre. Enrique tomaría el desagradable tema entre sus manos. Ya estaba bueno.

Ya estaba bueno. Enrique se iba a encargar de nuestras dificultades. Él entendía de problemas. Se había convertido en un

experto en encontrar soluciones. En el súper era capaz de distmular el impacto de una botella rota, comprendía cómo esquivar a los supervisores o mantener a raya a los clientes. Conseguía verse siempre bien. (A pesar de todo, pasara lo que pasara.) Bien con su porte, su ropa, con esa sonrisa regia e inalterable que nos encantaba y que tanto queríamos. Se trataba de lucir impecable. Excelente. El sabía portarse como un príncipe con los supervisores y decirles a todo que sí, a lo que fuera, a cualquier antojo y luego vigilar sin conmisericordia a Isabel y (él sabía también) mantener en alto el desprecio que le ocasionaba Sonia ante la caída inexcusable que la había empujado al ritmo absurdo de un hacha parcial que caía y caía junto a una saliva descontrolada que se le deslizaba por el mentón abajo hasta fundirse con el filo del hacha (abiertamente sangrienta y grasa y ya dañada) una saliva que al carnicero más próximo le resultaba intolerable. "Límpiate la boca huevona o te van a cagar."

Sonia, Sonia enferma del estómago por los espasmos y por el olor a vino rancio, avinagrado el vino, de la peor calaña imaginable el vino pasado que Pedro obligaba a Andrés a consumir. Ese vino (de mala muerte) que le provocaba ruidosas arcadas al pobre Andrés. Pobrecito.

Y Andrés, por cariño, por respeto, por imbecil no se atrevía a decir que no. Que más vino no, que no quería, que no podía, que no le gustaba, que odiaba más que a nada en el mundo ese vino abiertamente descompuesto, ese líquido maloliente que los clientes habían devuelto furiosos por la estafa y que le impedía el sueño y la calma y cuando a primera hora llegaba al súper todavía radicaba en él ese eco a vino (malo, malo) refugiado en el pecho, instalado en su pecho, justo al lado de su corazón.

"Curado culiado concha de tu madre, por lo menos limpia la cagada que dejaste huevón", le dijo Enrique esa noche inolvidable cuando se levantó furioso en plena oscuridad. (Enrique jamás se levantaba en la noche.) Y Andrés se asustó. Se vio

apresado en el centro de un miedo tan poderoso que volvió a vomitar justo encima de los pies de Enrique. Vomitó de asco, de pena y de pánico. Y, por la fuerza de sus sensaciones, se abalanzó a los pies de Enrique sin atreverse a levantar la cabeza. No la levantó porque no era necesario. Permaneció inclinado a los pies de Enrique para intentar limpiarle los vómitos con la lengua. Pero definitivamente se trataba de un gesto inútil y excesivo porque, aunque nosotros nos esforzamos por parecer sorprendidos, ya sabíamos perfectamente lo que iba a suceder.

TE CORTAN CUALQUIER COSA

"Y AHORA SI NO PAGAI las cuentas de inmediato, te cortan la luz o el gas o el agua los conchas de su madre, maricones culiados. Lo hacen así, rápido, para cobrarte las reposiciones, para cagarte pues. Te cortan todo sin el menor remordimiento estos maricones chuchas de su madre. Llegan abyectos con sus caras congeladas y te cortan lo que sea, impávidos y grises, idénticos los hijos de puta, sin que se les mueva un pelo a los culiados. Te cortan la luz, el agua o el gas con una sonrisa en la boca las mierdas éstas. Te la cortan, diciendo que ellos cumplen órdenes, que están ahí para eso, para cumplir las órdenes de mierda (y) te dicen que ese es su trabajo porque a los recontrauliados éstos les pagan por servicio cortado, les dan un porcentaje a los maricones y estos chuchas de su madre se ríen cuando cortan, se ríen a carcajadas mientras nos dejan a oscuras o sin agua. Y menos mal que alcancé a llenar las ollas y les tengo el balde con agua, porque estos culiados hijos de puta hace poco rato nos cortaron el agua las mierdas éstas", nos dijo Gloria cuando llegamos en la noche.

Sí. Estábamos sin agua. Antes, ya nos habían cortado la luz. A menudo quedábamos sin gas. Enrique sufría y se desvelaba ante las noticias de los cortes. Sufría por la falta de agua o de luz o de gas. Se ponía pálido. Incluso se enronchaba entero. Dormía mal con los cortes. Se veía rabioso Enrique y lo peor era que se dejaba caer sobre nosotros (su furia). Su furia y su malhumor nos dañaban más que la falta de agua o de luz o de gas. Nos hería Enrique. Nos desesperaba su gesto vencido como si a él le hubieran cortado la luz o el gas o el agua, sin entender Enrique (enojado/ rabioso/ ciego) que todos nos quedábamos a oscuras o sedientos o sin comer. Pero Enrique no

pensaba que a cada uno de nosotros nos dolía y nos ofendía la actitud de los cortadores, esa actitud indecente que adquirirían cuando se bajaban "corriendo de una camioneta culiada, sí, corriendo y sin una gota de compasión cuando nos dejan completamente indefensos sólo porque uno se atrasa un día", dijo Gabriel, "un solo día de mierda y llegan estos culiados, abusadores los huevones, felices con sus trabajos estas mierdas por lo que pasa es que los chuchas de su madre se sienten importantes, se sienten algo los culiados y además les pagan pero en realidad lo harían gratis sin cobrar un cinco porque son ellos los que se ofrecen con júbilo, estas mierdas culiadas se ofrecen a cortar lo que sea, cualquier cosa los culiados". Tenía razón Gabriel. Era así. Se ofrecían. Lo habrían hecho gratis.

Y ahora estábamos sin agua. Isabel sacó a la guagua de la pieza. Pasó delante de nosotros con la guagua en brazos y atravesó lentamente el pasillo como si fuera necesario exhibirnos su dolor. De esa manera salió a la calle. Nosotros la observamos nerviosos (con el corazón en la mano) ante la sola posibilidad que no volvieran, porque Isabel (que era tan cuidadosa con la plata), (Isabel que detestaba los atrasos y los cortes) podía decidirse a abandonar la casa para siempre y dejarnos solos "porque el culiado de Andrés es un tramposo, no pone la parte que le corresponde el culiado y nos perjudica a todos el irresponsable de mierda", dijo Gloria con lágrimas en los ojos. Lo expresó así justo en el momento en que Isabel (pálida, ojerosa, envuelta en un silencio aterrador) salía con la guagua al frío de la calle, se iba como una loca, con la guagua, calle abajo, como si huyera de nosotros y de nuestro carño, como si estuviera cansada (de nosotros), como si nos hubiera perdido la última gota de respeto. Isabel salía con la guagua en brazos a la noche fría. La noche que ponía fin al día más crítico de la historia del súper, el mismo día en que habían despedido al contingente más grande de trabajadores del que se tenía noticias. Ese exacto día en que sacaron a todas las cajetas, a un

equipo casi completo de empaquetadores, despidieron a los aseadores y, ese mismo día inconcebible, las pesadoras de frutas fueron expulsadas de sus puestos de trabajo. Removidas en el instante definitivo en que el jefe de los carniceros, famoso por su infamia y la permanente burla que esgrimía, no pudo resistir el impacto y fue arrastrado en el último despido. Y cayó de bruces en la lista. (Nos alegramos, nos reímos.) Pero Isabel ("la huevona, maricona, culiada y egoísta") (dijo Andrés) pensaba en ella, en ella no más, sin ayudar a Gloria con el balde para que todos juntos nos hubiéramos tomado una taza de té para calentar el cuerpo. Una tacita de té mezclada al agua sucia y pegajosa del balde. Un té porque ese día el miedo había sido infernal y corría vertiginosamente a lo largo de cada uno de nosotros el pavor a la lista, al nombre, al apellido, mientras veíamos cómo entraban los nuevos trabajadores: los empaquetadores, las cajeras, las aseadoras, los pescaderos y el nuevo carnicero jefe. Un número más que considerable de flamanes empleados se encontraba haciendo la larga fila, cabizbajos, sorprendidos, mientras examinaban, asombrados y titubeantes, los delantales que les pasaban los supervisores y luego, con los uniformes puestos, se dirigían, iluminados por las luces, de manera pausada, a sus puestos de trabajo.

Iluminados por las luces del súper, en fila, listos para recibir una paga que no merecía perdón de Dios. En fila, percibiendo que ellos también tenían los días contados, que se trataba de una trampa, pero que, finalmente, era la única posibilidad de la que disponían para sobrevivir un tramo de tiempo. Sobrevivir vestidos con el signo monótono del uniforme y su marca desmesurada brillando bajo las luces de los focos del súper.

Pero nosotros resistimos el increíble despido. Parecíamos indestructibles. Gabriel estaba pálido. Sonia estaba pálida. Sin embargo nuestro sufrimiento parecía no tener fin porque Isabel ahora se iba con la guagua en brazos, enojada, herida, como si el corte la hubiese trastornado. Había salido "sin decir una palabra la concha de su madre. Lo hizo intencionalmente

la maricona para hacernos sentir que todo se lo debemos a ella y a sus influencias con los supervisores. Lo que quiere esta huevona es cagarnos", dijo Sonia con la voz más apagada que nunca. Enrique estuvo de acuerdo y, en medio de una desproporcionada lentitud, se inclinó para encender la tele. Nosotros nos acomodamos y empezamos a mirar el programa.

SONIA SE CORTÓ EL DEDO ÍNDICE

ISABEL SALIÓ con la guagua a la calle, sin decir una palabra, porque sabía que con su abierto gesto de abandono (y de desprestigio) iba a causarnos una herida en cada uno de nuestros agotados corazones. Se fue con la guagua a la calle, justo cuando se ponía fin a una hora siniestra. Y mucho más tarde, mientras yacíamos inquietos, tristes, desvelados, escuchamos sus pasos (elegantes y sutiles) que tan bien conocíamos.

Volvió helada porque hacía un frío indescriptible. (Volvió con la guagua convertida en una miseria.) Así transcurrían los últimos días. Así las noches. Así los minutos infames. Así se portaba Isabel con nosotros. Así despreciaba a Sonia que estaba transida y parecía encolerizarse más y más a cada instante. La (pobrecita) Sonia.

Sí, la pobrecita Sonia, aún incrédula ante la pérdida de su dedo índice. Sí, ella misma (la pobre Sonia) mutilada por la maniobra fatal realizada con el filo de su propia hacha. Y, allí, en el centro del mesón, su dedo (insignificante) rodando impune, después que se hubiera desencadenado un corte profundo, limpio, perfecto, quirúrgico. Y, claro, ella no pudo sino observar, estupefacta e indecisa, su mano atropellada y velada por la sangre (a borbotones, a borbotones). La pobre Sonia condenada al fluir de su sangre (impura/ humana/ inadmisiblemente) que inundaba, con un nuevo espesor, el mesón de la carnicería. Y su dedo, al final de una loca y repugnante carrera, terminaba confundido con los aborrecibles restos de pollo.

Sí, porque Sonia permanecía doblada ("la culiada torpe") después de un descuido absurdo que había enfurecido a los carniceros y a los supervisores, enardecidos ante los gritos de dolor (y de pánico) que salían por su boca abierta (y monstruo-

sa), una boca imperfecta que se entregaba, enteramente, a un estúpido y peligroso descontrol. Ay, Sonia clamaba por su dedo desde el fondo de la carnicería, asustando a los clientes mientras nosotros, más aterrados todavía que los supervisores y los clientes, pensábamos que se avecinaba un final irremisible porque Sonia había ejercido una traición con su hacha (y con su dedo) para que, finalmente, consiguieran partimos en pedazos a cada uno de nosotros.

Pero sobrevivimos al error de Sonia.

Lo logramos gracias a la miseria laboral del dedo perdido que le permitió a Sonia el último traslado posible y la condujo directamente a la sección helada de la pescadería. Pero, a pesar de la nueva ignominia, y más allá de una mano que trastornaba la mirada, ella contaba aún con su magistral exactitud. El estricto rigor que se necesitaba para desollar y limpiar los pescados: el congrio, la merluza, la reineta, el salmón, la sierra, la corvina, el lenguado. Sí, más allá del estigma indesmentible de la pescadería, donde se acumulaban los olores finales y profundos, ella aún mantenía el poder amenazador de una mirada atómica y la destreza (salvaje) de un cuchillo nuevo que remplazaba, con su filoso estallido, el lugar apático de su dedo.

Pero no, no, nunca la tristeza nocturna que la embargaba mientras caminaba hasta a su pieza con una impronta de mansedumbre ovina, aunque finalmente, comprensiva hacia el rencor que nos provocaba. Porque Gabriel tenía razón "es culpa de la culiada", una culpa que nos hacía todavía más infelices y redoblaba el malestar ante Isabel que, pese a todos nuestros intentos, ya parecía estar confinada en la parte interna de un fragmento más que débil de sí misma. Lejos, porque la casa ya no la representaba. No la representaba, mientras la pobrecita Sonia se ponía la toalla entre sus piernas, encucillada en un borde del pasillo "la culiada cochina y exhibicionista" porque le había bajado la regla y la sangre corría arrastrando unos coágulos densos, una masa viscosa y móvil que hedía con una degradación sin límites.

La sangre y los coágulos parecían recordarle a Sonia el peor momento de su dedo. Y doblada en el pasillo "esta chancha hedionda quiere que la miremos" ya sólo era capaz de aferrarse a la toalla con ese rictus conocido que la hacía mascar unas frases sin sentido que nos alteraban los nervios: "los culiados, estos maricones chuchas de su madre, caras de pico, ay, ¿qué se creen? Los maracos. Pero, ¿qué diablos es lo que se creen estos huevones, conchas de su madre? Y ahora me ataca esta sangre. Como si fuera poco, como si fuera poco, como si fuera..."

EL MINUTO COMERCIAL DE LAS PAPAYAS EN CONSERVA

El CARÑO y el respeto huían de la casa ahora que Gabriel se encontraba al límite de sus fuerzas y envolvía los productos con un empecinamiento agresivo que permitía atisbar una rabia inútil hacia los productos. Gabriel empezaba a abandonar las reglas que tanto nos esmerábamos por cumplir. Les alcanzaba las bolsas a los clientes mientras se permitía la evidencia de una mirada soez que tarde o temprano nos iba a comprometer. Y más agudos todavía los supervisores, con sus uniformes perfectos, recorriendo los monumentales pasillos, atestados de clientes, mientras, a través de los parlantes, se inauguraba el minuto comercial de las papayas en conserva.

Ese minuto violento e intransferible en que los clientes se abalanzaban sobre el producto y se disputaban los tarros con la fruta. Sí, corrían hasta los tarros impulsados por los gritos destemplados de Enrique que, encerrado en la minúscula caseta, chillaba promoviendo el milagro de la oferta con su cara enrojecida por el esfuerzo. Pobrecito Enrique, cómo se despeinaba por el bamboleo que le imprimía a su cuerpo el grito urgente con que se celebraba la papaya durante ese domingo atroz que liquidaba el exceso de tarros amontonados en los estantes. Una abundancia que estaba a punto de caducar en el interior de esos metales corroídos por el exceso de azúcar. Y nuestro Enrique, con la garganta arruinada, se convertía en un vendedor de baja estofa porque el supervisor le había ordenado gritar con una fuerza y un entusiasmo que desconocíamos "porque si no, concha de tu madre, te echamos cagando de aquí y cambia la cara culiado, cámbiala, ¿me oís? O te vai ahora mismo, salís cagando en este instante porque estos marico-

nes tienen que comprar las papayas ahora mismo ¿entendiste, huevón?, y aperra el micrófono, de buenas ganas, sin ponerme esa cara de poto. Ya, con más pino, huevón, antes que los tarros culiados se vayan a la misma chucha”.

Lise preciso domingo en que Isabel, detenida en un punto del súper, continuaba promoviendo la minúscula máquina para pelar papas, más pálida que de costumbre, con un traje que ahora lucha mezquino, fundiéndose a su rostro provisto de una inexistencia radical. Porque sabíamos que Isabel prácticamente no había dormido la noche anterior, sumergida en una dulce e inexplicable abulia. Insomne por quizás cuál imagen de nosotros que le había extirpado las ganas, el sueño, su sonrisa, su cuerpo. Y ahora permanecía así, apagada y comiún, como si fuera una promotora más, sin ganas, ajena al entusiasmo. Ay, Isabel parada en la esquina del pasillo realizando una inocua demostración con el frágil utensilio para pelar papas que los clientes dejaban de observar mientras nosotros ya habíamos entendido que ella ya había perdido, quizás, para siempre, ese brillo estelar que nos había llenado de júbilo ante las expresiones admirativas que despertaba.

Porque era esa admiración la que antes nos permitía comprender y aceptar los empujones de los clientes. Pero en este domingo infausto en que se ponía en marcha el minuto comercial, nadie se fijaba en Isabel porque el gentío luchaba por llegar hasta los tarros ubicados en el pasillo 2 donde radicaba la oferta que Enrique dirigía desde la caseta con ganas, con bronca, con un impulso que no nos imaginábamos y que seguía que los clientes se abalanzaran por el pasillo, gracias a la convicción impostergable que emanaba de la voz de Enrique. Una voz que conseguía darle una categoría nacional a los tarros de papayas e impregnar de fervor patriótico a los clientes y lograba, especialmente, que el jefe de los supervisores se sintiera seguro, satisfecho, conmovido por la respuesta de la multitud a la voz terriblemente convincente y exitosa de Enrique.

Y gracias a él, por un día, por unas horas quizás, podríamos

volver a la casa sin pensar en las listas, para encontrarnos en el umbral con una Gloria traspasada por la expresión dura de su cara. Una Gloria insoportable que ya vivía en medio de un constante malhumor. Esa Gloria maldita que nos iba a cubrir de reclamos porque la plata no le alcanzaba “la cagada de plata que me dan y yo tengo que batallar con la escoba culiada que ni ramas tiene ya para limpiar la cochinateda que dejan y cualquier día de estos, cualquier día ¿me escuchan?, me voy de aquí porque esta casa parece un chiquero y yo no estoy acostumbrada a vivir así ni menos que esta concha de su madre no me salude cuando le sirvo el plato de comida y, como añadido, tengo que ver cómo se mete la sopa en el hocio sin agradecerme, como si yo fuera no sé qué cagada, como si yo me hubiese convertido en un simple estropajo”. Era verídico. Isabel no la saludaba, no la miraba, no le agradecía. Nosotros estábamos escandalizados. Estábamos heridos. Pero en esos días nuestra atención se concentraba en Pedro que parecía a punto de sucumbir en medio de una inquietud que sólo podía ser aminorada por su actitud crecientemente adictiva. Sí, Pedro se había entregado en cuerpo y alma a la pésima costumbre de un deseo insaciable que lo llevaba a aspirar lo que se le pusiera por delante. Aspiraba intensamente con su nariz dilatada y palpitante. Y esa nariz fatídica podía contaminar con su deseo a Gabriel o a Andrés, a todos nosotros y, entonces, si el vicio cundía en el interior de la casa, así lo dijo con su habitual sabiduría Enrique, iba a desaparecer para siempre la débil línea de cariño y del respeto culiado que nos mantenía unidos.

ENRIQUE LE GRITÓ A PEDRO

AY, sí, PEDRO se había entregado (en cuerpo y alma) a las más abyectas costumbres. No era sólo el vino. En realidad ya el vino era lo de menos. "Y se da el lujo de no dar un cinco por que toda la plata se la gasta en sus vicios el concha de su madre y ya no tenemos ni siquiera un pedazo de papel de diario con qué limpiarnos el culo". La queja de Gloria era acertada. No teníamos ni un miserable papel de diario.

No había caso con nuestros sueldos. El súper había entrado en una batalla definitivamente monetaria en contra de nosotros, exigiendo hasta lo indecible, imponiendo más y más funciones y, por eso, porque las ventas debían subir, subir, el bombardeo de innumerables ofertas se presentaba como si fuera la última oportunidad, promocionándose como una ganancia a prueba de tontos o a prueba de pobres y nosotros teníamos que correr y volar por los pasillos para reponer los tarros, las legumbres, las alcachofas, las merluzas, las merluzas, los cuadernos que bajaban en un increíble 25% y había que apurarse, teníamos que convertirnos en verdaderos atletas porque ese sí que era un verdadero regalo, una ganga, una donación, que por unos contados y estrictos minutos, el súper le otorgaba a sus fieles compradores.

Una oportunidad que daba cuenta de una generosidad sin límites de "estos culiados mentirosos que rebajan las mierdas que están de más y el montón de conchas de su madre se precipita a comprar las cagadas que les meten y se van felices los imbéciles, sin darse cuenta que estos maricones se los están pichuleando hasta por las orejas".

Gabriel no cesaba de imprecar, severamente afectado por el dolor en uno de sus brazos. Experimentaba un dolor laceran-

te que le bajaba desde el hombro hasta su mano derecha "y la culpa la tiene la cama dura y los llantos de la guagua en la noche, esos llantos que malogran mi brazo que ya no me obedece cuando tengo que empaquetar y el supervisor me mira y me ronda porque se da cuenta que apenas puedo levantar los paquetes culiados".

Y Enrique, verdaderamente fuera de sí, sobrepasado por una irreprimible angustia, intentaba imponernos nuevas reglas que no estábamos en condiciones de obedecer porque la casa ya estaba fuera de control. Devastada, porque Pedro "este maricón vicioso concha de su madre" parecía más y más acelerado y nos miraba con una expresión que nos asustaba cuando lo veíamos llegar demacrado, con los ojos hundidos y brillantes, invadido por una ansia irreverente. Sí, porque él se presentaba prácticamente con la lengua afuera. Un pedazo de carne rosada perruna, acezante y no podíamos dejar de observar, asombrados, cómo se le aglomeraba la saliva endurecida en las comisuras de la boca y así, en ese estado, invadido por la cantidad apabullante de una baba espesa, con su lengua suelta, agresiva y puntaguda, entraba en la casa y nos observaba fijamente como si no nos conociera.

Y después de esa mirada abrumadora e inexplicable, se precipitaba a buscar algo en su pieza impulsado por una desesperación ya demasiado desbordada. Y nosotros, enmudecidos, escuchábamos, luego que cerraba su puerta, cómo se daba unas tremendas vueltas de carnero o golpeaba súbitamente las paredes y, entonces, no podíamos dejar de oír unos quejidos que nos alertaban e impedían que Enrique siguiera disfrutando de su programa favorito, ese programa preferencial que le mejoraba el carácter y que, de vez en cuando, le provocaba una sonrisa amable. Ah, sólo entonces resurgía su sonrisa luminosa que hacía tanto que había desaparecido de su rostro, una sonrisa que únicamente los humoristas de la tele parecían capaces de proporcionarle.

Nosotros nos sentíamos alarmados por la falta de cariño,

por las caras desencajadas y estábamos apenados porque Enrique amenazaba con golpear a Pedro, "sí, matar a este concha de su madre que no se da cuenta que los supervisores están a punto de cagarlo porque el huevón anda con la cabeza no sé dónde y hoy casi se le escapa el ladrón culiado con unas sopas metidas en la chaqueta y si no fuera por mí, que le avisé, lo habrían echado".

Ay, así era. Pedro había llegado demasiado lejos. Y Enrique, sentado en su silla, más enrarecido que nunca, retiraba la vista de la tele para mirarnos a todos con desprecio, como si cada uno de nosotros tuviéramos la culpa del descuido y nos gritaba y conseguía que nos sintiéramos mal, aunque, después de todo, el pobre Pedro tenía que darse sus gustos luego de pasar gran parte del día en el cuarto de registros revisando a los falsos clientes que se metían los productos en cualquier parte "hasta en el hoyo del culo se meten la mercadería estos ladrones culiados". Pedro tenía que soportar, con una expresión profesional, los insultos o los llantos, los alardes o el escándalo infinito con el que pretendían ocultar los delitos.

Pobrecito. Y ahora Enrique parecía haberle perdido el respeto y el cariño. Sin una gota de comprensión le gritaba a Pedro delante de nosotros para avergonzarlo abiertamente cuando entraba desesperado, con las aletas de la nariz temblorosas e hinchadas, mientras, desde el interior de sus fosas nasales, le goteaba la sangre hasta el labio y él (pobrecito Pedro) se limpiaba la sangre con el dorso de su mano "le sale sangre a este concha de su madre de puro vicioso que es" y Pedro se alejaba, con su mano sangrienta, a buscar con urgencia un poquito de paz en el interior de su pieza. Caminaba hasta su pieza para encontrar esa molécula de estímulo que necesitaba su nariz y, así, reparar el día.

Pero todos nosotros ya estábamos afectados por el tiempo que nos apuntaba con su dedo inflexible y prácticamente no teníamos manera de resistir. Por ese motivo, cuando Enrique se iba a dormir y, escuchábamos el estertor definitivo de sus

ronquidos, nosotros aspirábamos con Pedro en su pieza. Aspirábamos (ahhhhh) (abhhhh) con los ojos completamente en blanco, como si nos hubiesen dado un palo en la cabeza o una descarga eléctrica o nos sorprendieran con la violencia de un manguerazo. Aspirábamos, sí, sí, para alegrarnos y, por una vez, lograr conversar y reírnos con el afecto, la decencia y la sinceridad que caracteriza a los seres humanos.

EL CAPITÁN

PERO cómo podríamos haber adivinado que Enrique se estaba preparando para darnos un golpe que iba a convertirse en el definitivo. Sí, Enrique. Nuestro Enrique, el que estuvo dispuesto a causarnos una herida tan salvaje que echó por tierra la ilusión final de un mínimo atisbo de cariño entre nosotros. Sí, el mismo Enrique a quien tanto quisimos y en el que confiamos nuestros destinos. Enrique, nuestro padrino cacho, nuestro sirviente, nuestra máquina de guerra. Enrique, que había sido elegido por todos nosotros para protegernos y mantener una férrea organización escudado tras una presencia taciturna e impecable.

Lo supimos. Fuimos empujados frontalmente hasta una realidad que nos pareció insoportable. Ah, experimentamos, en esos momentos, una ráfaga de dolor (y de ira) tan contundentes como si nos hubiesen mantenido colgados de las muñecas por más de cien horas. Pudimos ver, con nuestros propios e infelices ojos, el efecto mortal de un plan más que siniestro que se había urdido con una premeditación que nos sumergió en una insaciable ferocidad.

Salimos temblando del súper con cada uno de los productos aún impresos en nuestras pupilas, salimos traspasados por un hielo que provenía de una reserva pétrea instalada en nuestro propio interior. Vencidos, sí, victimizados por un arma que nosotros mismos habíamos construido. De esa manera, agrupados como banda indigente, caminamos de manera penosa por las calles que tanto despreciábamos (y temíamos) y que ahora empezaban a resultarnos insoportablemente familiares. Caminamos sin tregua para entrar, por última vez, a la casa y erradicar los restos de nuestros enses.

Nuestra casa ya carecía de sentido. No era. No nos conte-

nía. Isabel se mantuvo en silencio, en ese silencio conocido y que en ella ya no significaba nada. Pálida, ajena, invadida por una indiferencia enferma, dejó que su mirada vagara sin la menor dirección como si intentara extraer algún detalle (inofensivo) desde las paredes (agrietadas) de la casa. Se daba vueltas, así, mirando sin ver nada en particular, con la boca ligeramente abierta, la nariz hinchada y sangrante y sus piernas enflaquecidas a un nivel que apenas lograban sostenerla. A pesar de todo se veía magnífica. No pudimos sustraernos a Isabel que caminaba por la casa (con la guagua en brazos) dejando impresa su belleza estropeada o más bien la copia imperfecta de una belleza que se negaba porfiadamente a abandonarla del todo.

Sabíamos que Isabel (con la guagua en brazos) encabezaba un ceremonial que carecía de precedentes para nosotros. Entendíamos también que, después de todo, Gabriel no se había equivocado. Sí, que había sido Gabriel quien había advertido los signos apresurados de un destino fatal. Pero Sonia estaba anonadada, presa de una extenuación impúdica que nos empujaba a recriminarnos por nuestra estupidez, por la ceguera que nos había invadido; esa ceguera y esa estupidez que se encarnaban en Sonia que sólo era capaz de percibirse a sí misma sepultada por una compasión estrepitosa.

Ah, después de cultivar una atención incommensurable, finalmente no habíamos visto que justo a nuestro lado se estaba rompiendo el eslabón que sostenía nuestra estabilidad. No sabíamos nada. Carecíamos de imaginación.

Nosotros, los últimos sobrevivientes, sólo habíamos servido a Enrique como un campo humano para una cruel experimentación, apenas unas cuantas ratas apresadas para ser utilizados en una experiencia clandestina. Únicamente eso. Y Gloria, con un bulto insignificante entre las manos que contenía el con junto apretado de su ropa, parecía, sin embargo, poseedora de una lucidez severamente perturbada. Su mirada atenta vigilaba que todo quedara en orden, meticulosa ella, en medio de

un vacío perfecto y pulcro. Incluso, dejó su bolso en el suelo y se volcó a eliminar los restos de polvo que dejaban nuestras últimas pisadas. La observamos sorprendidos. Pero alcanzamos a entender la distancia que nos separaba, porque entre Gloria y nosotros se interponía el súper y una violencia que siempre resultó desconocida para ella. Limpiaba, se preocupaba de los últimos detalles, entregada a su mente que la cubría de una forma de responsabilidad banal que le era característica.

Andrés continuaba temblando, parado en el centro de la habitación, exhibiendo los palpitantes contornos nerviosos de su disminuida figura. Pedro, demasiado eufórico, no cesaba de dar vueltas y vueltas como un angustiado pájaro que hubiese quedado preso en un espacio que le constreñía las alas. Nuestros pensamientos no terminaban de castigarnos y, por eso evitábamos mirar a Gabriel. No queríamos que fuera, precisamente, él, quien diera rienda suelta a una cadena de acusaciones que, en esos momentos, íbamos a ser incapaces de soportar. Pero Gabriel, estaba al acecho, sí, él esperaba la oportunidad para lapidarnos con sus palabras. Lo sabíamos.

Gabriel no se iba a privar de recordarnos que había sido él quien nos había susurrado, sugerido, insistido, presionado, con una insistencia que nos enloquecía, Gabriel quien remarcaba que Enrique estaba empecinado en expulsarnos de su vida. Sí, y claro que se había cumplido su siniestra profecía. Gabriel lo dijo, lo repitió, nos abrumó con sus advertencias. Pero es que Enrique, en esos días, aún estaba en cuerpo y alma con nosotros. Nuestro Enrique, alto, blanco, ceñudo, preocupado de todos nuestros movimientos. Gritándonos como un capitán de ejército o paseándose por la casa con la obsesión de un marino o con la distancia fría del guardián de un campo. Entonces, de qué manera íbamos a sospechar que ya estaba exactamente en la frontera opuesta del súper y que, inclinado laboriosamente en el mesón de la oficina más desgraciada, organizaba la lista con el mismo rigor apasionado que antes nos proveía de un destino.

Todavía bajo los efectos de un doloroso sopor, nos parecía que habíamos sido cautivados por un espejismo, que todo finalmente podría recuperarse, que se trataba de un juego o de un simple ensayo con que el súper pretendía sorprendernos y atemorizarnos.

El segmento más afebrado de nuestras conciencias nos dejaba un mínimo espacio para suponer la existencia de una burda maniobra que perseguía la rebaja aún más radical a nuestros salarios, una tarea perversa a la que se había prestado Enrique molesto por nuestra conducta. Irritado Enrique, malhumorado, inquieto por las nuestras frecuentes hemorragias nasales que ensuciaban las sábanas, esas goteras que arruinaban el aseo de Gloria, una sangre que caía directo sobre la cabeza de la guagua que, en ese tiempo irreparable, no cesaba de llorar. Porque Enrique, hastiado por las manchas y la guagua, seguramente había puesto en movimiento una nueva e imprevista representación para asustarnos o prevenirnos o enderezar nuestras conductas.

Pero, sin embargo, en otra orilla de nuestras cabezas, continuaban los ecos de las palabras incesantes de Gabriel asegu-
rando, una y otra vez, que Enrique ya no nos pertenecía, advirtiéndonos, con su cara desorbitada y los ojos empañados, que nuestro Enrique siempre estuvo volcado a sí mismo y que su deleznable campaña estaba llegando a su fin. Insistía en que los ojos de Enrique observaban de otra manera las mercaderías (de una manera impropia, ilegítima), que su vista se elevaba de manera significativa hacia las oficinas y que, en el impulso de esa mirada ascendente, nosotros ya no le competíamos.

La maligna versión de Gabriel se había impuesto con una lógica dotada de una simplicidad apabullante. Sí, porque había sido nuestro Enrique (ahora convertido, después de un ascenso inédito, en el nuevo supervisor de turno) quien nos borró de las nóminas y nos empujó hasta una extinción dolorosamente dilatada.

Mientras salíamos desolados de la casa hacia lo que se iba a

convertir en un nuevo destino para nosotros, Gabriel empezó a decir las primeras palabras después que se hubiera desatado la catástrofe. El estallido de su ira callejera nos devolvió una inespertada plenitud. Gabriel dijo que teníamos que quererlos, lo ordenó con un tono parco, duro, mirándonos con un grado de reconocible inquina. Aseguró que iba a implementar con urgencia una nueva organización. Sin entender del todo sus palabras, pero muy avergonzados de nosotros mismos, le contestamos que sí, que sí. Estábamos fascinados por la seguridad que destilaba Gabriel. Lo miramos extasiados y anhelantes porque ahora nos percatábamos que Gabriel, en realidad, se veía mucho más alto (como si hubiese crecido mágicamente en las últimas horas). Ah, sí, Gabriel lucía impecable, entero, distante, con su mirada furibunda pero, al fin y al cabo, respetuosa hacia nosotros.

Porque Gabriel siempre nos había querido y era (ahora lo notábamos gracias a la luz natural) un poquito más blanco que todos nosotros. Ah, sí, él tenía el porte y tenía la presencia que necesitábamos para la próxima forma de organización que, sabíamos, nos iba a indicar una ruta posible. Por eso, por el cariño y el respeto que nos inspiraba, asentimos cuando nos dijo: "vamos a cagar a los maricones que nos miran como si nosotros no fuéramos chilenos. Sí, como si no fuéramos chilenos igual que todos los demás culiados chuchas de su madre. Ya pues huevones, caminen. Caminemos. Demos vuelta la página".

Tres novelas se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2004 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (i.e.p.s.a), Calz. de San Lorenzo, 244, 09830 México, D. F. En su tipografía, parada en el Departamento de Integración Digital del *icx*, por *Gabriela López Olmos*, se emplearon tipos Poppi-Pontifex BF de 22, 13, 12 y 9.5:13 puntos. La edición, que consta de 2 000 ejemplares, estuvo al cuidado de *Mantilo Fabio Fonseca Sánchez*.